

A man and a woman are shown in profile, facing each other and smiling warmly. The man is on the left, wearing a brown sweater, and the woman is on the right, wearing a yellow sweater. They are standing in a forest with trees showing vibrant autumn colors. The background is softly blurred, focusing attention on the couple.

Annabeth Berkley

DE REPENTE,
el Amor

De repente, el amor

De repente,
el amor

ANNABETH BERKLEY

© 2020, Annabeth Berkley

Depósito legal:

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas aquellas mujeres que se atreven a perseguir sus sueños

Isabella Rossetti cogió el mapa con la mano derecha mientras con la izquierda sujetaba el volante del coche que había alquilado. Frunció el ceño. Todas las carreteras le parecían iguales. Sabía que estaba cerca así que no iba a detenerse pese a que llevaba toda la noche conduciendo. Acababa de amanecer y conducir con luz era más rápido y seguro.

Tenía bastante sueño. Estaba agotada. Emocional y físicamente. Se restregó los ojos luchando por mantenerlos abiertos. Sabía que debían haber parado a descansar, pero como los niños se habían dormido, no quiso despertarles. Solo quería aprovechar un poquito más. Ya descansaría durante el día cuando llegaran a Edentown... si lo encontraba...

Peter Muldoon observó extrañado desde su bicicleta, un destartado coche rojo avanzando despacio por el camino de tierra, paralelo a la carretera por donde circulaba él. A esas horas no solía haber nadie por las carreteras.

Quedaba poco para las fiestas navideñas, lo que traería algunos turistas a la zona, pero aún quedaban unos días para ello, así que supuso que sus ocupantes habrían adelantado su periodo vacacional.

Suspiró. Otro año que acababa en breve. Había decidido que su vida necesitaba un cambio. Era feliz allí, no se podía quejar. Su negocio marchaba bien... pero no tenía nada más. Hasta su irascible hermana había encontrado pareja y se había mudado de la casa de sus padres en la que todavía residía él. Ahora vivía solo en la residencia familiar, y había descubierto que no le gustaba la soledad. Sus padres seguían de viaje, volverían para Navidad, pero, sin duda alguna, no era su solución.

Se incorporó al camino de tierra que le llevaba al pueblo. Quizá debía ver la casa que Megan le había dicho que estaba hecha para él. Megan siempre pensaba que todo el mundo necesitaba una casa con jardín para que el perro y los niños, que todo el mundo debía de tener, disfrutaran. Quizá así, su vida comenzara a cambiar, sonrió distraído...

El coche rojo se le echó encima.

Isabella frenó en seco. El corazón amenazaba con salirse del pecho. ¡Qué había sido eso! ¡No lo había visto! Solo se le habían cerrado los ojos un momento. Miró el asiento trasero mientras se desabrochaba el cinturón. La parejita de niños no se había despertado. Salió asustada y se arrodilló ante el ciclista mientras empezaba a palparle los brazos en busca de un hueso roto.

Peter trató de incorporarse ligeramente dolorido. Intentó calmar su respiración. Vio la bicicleta en el suelo junto a ellos. Afortunadamente no había salido muy mal parada. Vaya susto... fue consciente de que habían empezado a tocarle el brazo.

-*Scusa, scusa, scusa...* -murmuraba una joven llorosa.

-Podrías tener más cuidado -gruñó sin mirarla-. Te has echado encima de mí. Déjame, -le dijo molesto intentando levantarse.

-No. Puedes tener algo roto -le respondió ella pasando a tocarle sus musculosas y duras piernas sin dejarle levantar.

Peter la miró extrañado por esa orden. Esa mujer no era de allí. Tenía un acento extranjero. Observó su oscuro cabello recogido en una coleta muy despeinada. Sus manos eran largas y finas. Entonces levantó su mirada y se encontró con unos preciosos ojos verdes con largas pestañas oscuras. Nariz pequeña y pecosa y una boca que invitaba a besarla sin dudar. Sintió como si la garganta se le secara al momento.

Isabella lo miró unos segundos y bajó la mirada sonrojada. Estaba tocando a un hombre. Un hombre en el sentido literal de la palabra. No tenía nada roto, no era un enfermo. Era un hombre con unas piernas fuertes y musculosas. No tenía motivo alguno para tocarle. Se levantó murmurando más disculpas mientras cogía la bicicleta para apartarla de las ruedas del coche.

Peter se incorporó rápido sin quitarle la vista de encima. Parecía aturdida y tenía ojeras bajo sus hermosos ojos. Se llevó la mano al codo. Le dolía, tenía un enorme raspón. Se sacudió el polvo de su ropa deportiva y observó con una mueca que tenía otro raspón en el muslo y la rodilla sobre la que había caído. Le cogió la bici.

-Lo siento, no te vi.

-Eso es evidente -le respondió Peter bajando la cabeza para mirarla.

Ella seguía cabizbaja y miró hacia dentro del coche preocupada por los niños, que afortunadamente, seguían dormidos.

Peter le siguió la mirada y se sorprendió al ver a los pequeños. Buscó en las manos que retorció nerviosa una alianza, pero no la encontró.

-Yo... ¿Estás bien? Tengo un poco de prisa, pero puedo acercarte al siguiente pueblo -murmuró ella sin mirarle -, si lo encuentro...

Peter observó su bici. Podría seguir el camino sobre ella.

-No, no hace falta. Pero ten cuidado -le dijo protector notando la preocupación y el cansancio en su rostro-. No estarás huyendo de alguien -la acusó.

Isabella sintió como si la hubieran abofeteado y levantó la mirada agresiva. Era mucho más alto que ella. Con el cabello castaño un poco más largo de lo habitual, su mandíbula recta, una barba incipiente, sus labios carnosos, sus ojos de color avellana. Era bastante guapo. Quizá demasiado. Sintió que se sonrojaba.

-Los niños son míos -exclamó con más seguridad de la que parecía que podría contener en su cuerpo.

Se metió en el coche. Se abrochó el cinturón y siguió su camino bastante más alterada de lo que quería reconocer.

Peter la miró mientras se alejaba. No había sido su intención ahuyentarla, aunque saltaba a la vista que algo escondía. Pero... ¿qué le importaba a él? Volvió a inspeccionar las heridas antes de subirse a la bici y volver a su casa pensando en los ojos verdes más bonitos que había visto nunca.

Isabella suspiró aliviada al ver el cartel que le daba la bienvenida a Edentown. Casi tenía ganas de llorar. Llevaba toda la noche conduciendo, y el susto con el ciclista había sido la gota que colmara el vaso de sus emociones controladas. Siguiendo unos letreros llegó hasta el acogedor hotel.

Aparcó el coche. Suspiró profundo. Por fin había llegado. Sintió que le temblaban las piernas. Entró a pedir habitación antes de despertar a los pequeños. Rezaba para que todo fuera a salir bien. De momento, más o menos, así estaba siendo, aunque le quedaba la parte más difícil.



-Me alegro de que al final te hayas decidido a ver la casa -le comentó la pelirroja Megan Saint James a su amigo mientras caminaban por las calles empedradas hacia su inmobiliaria-. Ya te dije que era perfecta para ti, y la tienes muy cerca de tu trabajo.

-No sé... -se sinceró Peter-. Me gusta la idea de la casa, realmente es bonita, pero no sé qué haré con tantas habitaciones.

-No hay tantas -le contestó Megan-. Además, nunca se sabe. Algún día las llenaras, ya sabes -sonrió por su conocida obsesión: pareja, niños uno o dos perros...

-Sí, claro -le respondió-. Tengo tantas opciones.

-Peter, eres uno de los hombres más atractivos de aquí. No tienes mujer porque no quieres.

-Seguro -las relaciones de una noche no le satisfacían lo suficiente y las mujeres con las que se relacionaba no le atraían tanto como para que durara mucho más.

-Incluso la barba te hace parecer más... interesante.

-No digas tonterías -le dijo con una sonrisa pasándose la mano por la mandíbula.

Sentía que su vida necesitaba un cambio y había empezado por dejarse barba. Al principio parecía que le picaba, que le molestaba, pero ya se estaba acostumbrando a esa sensación y a la imagen que le ofrecía el espejo cuando se miraba.

-Vamos a ver, Peter -se detuvo con los brazos en jarras haciéndole detenerse-, lo que no puedes hacer es esperar a que una mujer venga a buscarte y se arroje en tus brazos pidiéndote matrimonio. Tendrás que poner algo de tu parte.

Peter iba a abrir la boca cuando sintió un fuerte empujón que le derribó sobre las heridas que se había hecho horas antes con la bici.

-Scusa, scusa -volvió a oír murmurar con acento extranjero al motivo de que él volviera a estar en el suelo.

Isabella se encontró sobre un duro pecho musculoso que además olía maravillosamente bien. Notó que se sonrojaba.

Volvía corriendo al hotel donde había dejado a los niños solos un momento y no había esperado encontrarse con alguien al doblar la esquina.

Había dejado el coche de alquiler en la gasolinera de la entrada del pueblo, que era donde le habían indicado que debía dejarlo y ya se había entretenido demasiado rellenando la documentación.

Peter miró entre molesto y divertido a la morena de preciosos ojos verdes que se levantaba con rapidez sacudiéndose las rodillas de sus leggins oscuros.

Isabella contuvo la respiración al encontrarse de nuevo con el guapísimo ciclista al que había atropellado a primera hora de la mañana. No pudo evitar mirarlo de arriba abajo descaradamente. Con un anorak azul marino y unos vaqueros no recordaba haber visto otro hombre más atractivo en su vida.

Peter le sonreía ante su descarada mirada.

-Podría acostumbrarme a que me tumbaras -se sacudió ligeramente la ropa mientras se levantaba.

Megan, pasado el susto inicial, miraba la escena extrañada. Carraspeó divertida por la situación. Isabella dio un respingo y pasó de mirar al apuesto desconocido a fijarse en su pelirroja acompañante, que sonreía amistosamente, enfundada en un abrigo verde a juego con su gorro de lana.

-Lo siento -le dijo a Megan-. No era mi intención echarme encima.

-Pues yo empezaría a dudarlo -le respondió Peter.

Isabella lo miró sonrojada. Su mirada era cálida, tanto como su voz aterciopelada. Tenía que dejar de mirarlo, y de encontrarse con él.

-Lo siento, de verdad -salió corriendo en dirección al hotel.

Megan la vio alejarse sorprendida y miró a Peter con una ceja levantada esperando una explicación.

-No me mires así -le respondió divertido-. Es una madre con dos hijos.

Empezó a caminar

-¿Y?

-Pues que habrá detrás un marido, o un exmarido.

-¿Y?

-Ya está, no sé más.

Megan lo miró desconfiada pero divertida por lo anecdótico de la situación.



Era la hora de comer. Isabella había dormido un poco. Se había duchado y se había puesto un vestido de punto en tonos verdes, que iba a juego con el color de sus ojos. No le habían desaparecido las ojeras así que había decidido maquillarse... pese a que su aspecto no iba a ayudarle en lo que estaba dispuesta a hacer. Se abrigaron bien antes de salir del comfortable hotel.

Los pequeños caminaban parlotando entretenidos cogidos de su mano. Marco, muy sociable a sus 7 años y Sofía más tímida, a sus seis años, que hacía lo posible por imitar a su admirado hermano.

Ella cogió aire profundamente antes de entrar a la pizzería. Le sorprendió lo realista de su decoración. Era como estar en casa y los niños, boquiabiertos, debían estar pensando lo mismo. Dio un vistazo rápido. Había bastante gente y distinguió una mesa vacía junto a una ventana con vistas al lago. Fue hacia allí y se sentaron tras quitarse los abrigos.

Eligieron unas pizzas de champiñones y queso con unos refrescos y se los pidieron a la bonita camarera que los atendió. Isabella no dejaba de mirar de un lado a otro. Sentía un nudo en el estómago. Había planeado y pensado muchas veces ese momento, pero ahora sentía que no era tan buena idea.

Cuando les sirvieron las pizzas y los niños empezaron a comer distraídos, se acercó al mostrador nerviosa. Preguntó a la camarera que les había atendido por el dueño del restaurante. No quitaba los ojos de los niños. Le recordaban tanto a su hermano. Suspiró.

Peter salió al mostrador para encontrarse ante su bonita desconocida. Miraba nerviosa a la mesa ocupada por los niños que parecían ajenos a lo que ocurría a su alrededor. Llevaba el cabello suelto a la altura de los hombros, ligeramente ondulado y aunque su aspecto era un poco mejor que en la madrugada sus ojeras la seguían acompañando. El vestido verde que llevaba se le ceñía en sus redondeadas curvas, llamando la atención sobre ellas sin pretenderlo. O quizá era él el que las estaba apreciando en exceso.

-¿Preguntabas por mí?

Isabella lo miró boquiabierta reconociendo su voz antes de volver a fijarse en sus bonitos ojos castaños.

-No -respondió muy nerviosa retorciéndose las manos con el borde de las mangas.

Intentó mirar detrás de él.

Peter miró hacia donde miraba ella, que no había nadie, y la volvió a mirar.

-¿Has preguntado por el dueño? ¿Buscas trabajo?

-Sí, no -respondió mordiéndose los labios-. Mira, no quiero parecer grosera. Quiero hablar con el dueño, ¿podrías dejarme?

Peter se cruzó de brazos paciente.

-Pues para no querer parecer grosera te estás luciendo. ¿Para qué me buscabas? Soy Peter.

Isabella sintió que el nudo que contenía sus lágrimas amenazaba con deshacerse.

-Yo... tú... -cogió aire y le miró a los ojos- ¿Quieres casarte conmigo?

Bajó la mirada al no recibir la afirmación al instante.

Peter la miró asombrado, extrañado y muy sorprendido. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué se había perdido? ¿Era una broma de sus amigos?

-¿No debería ser yo el que te lo pidiera? y eso después de conocernos y demás -decidió seguir la broma.

Isabella volvió a mirarlo. Las lágrimas empezaron a brotar incontrolables.

-Pero... eres Peter Muldoon ¿Verdad?

Peter empezó a sentirse incómodo al no entender absolutamente nada. Miró a los niños que ella no dejaba de vigilar y volvió a mirar a la joven. No la recordaba. Aunque había tenido muchas compañeras de cama, tampoco recordaba ninguna con la que no hubiera usado protección. No podían ser hijos suyos.

Isabella se escondió el rostro entre las manos sollozando más de lo que podía controlar. Del montón de hombres que debía haber por allí, tenía que ser al que había atropellado.

Peter salió de detrás del mostrador dispuesto a consolar a la joven y a alejarla de alguna mirada indiscreta que pudiera fijarse en ella.

Entonces notó que alguien tiraba de su pantalón y bajó la mirada hacia él.

-¿Tú eres mi tío Peter? -le comentó el pequeño pecoso agarrado a su pantalón con una sonrisa-. Tía Isabella ¿Por qué lloras? -preguntó con un mohín y los labios temblorosos.

Peter miraba la escena sin comprender. La otra niña, más pequeña, los observaba intranquila desde la mesa. ¿Tío Peter? Aún era menos probable que su hermana hubiera tenido hijos sin que nadie se enterara.

Además, aunque hablaba muy bien su idioma el acento le seguía sonando extraño, aunque no desconocido del todo.

Isabella se secó las lágrimas.

-Es que me ha dado mucha alegría ver a tu tío -le explicó Isabella acariciándole el despeinado cabello a su sobrino-. Vuelve a la mesa con tu hermana.

Peter miraba confundido al niño y se agachó a su altura. Entonces identificó el acento extranjero del pequeño. ¿Italiano? No podía creer lo que estaba pensando.

-¿Eres Marco? -le preguntó extrañado.

Terribles recuerdos acudieron a su mente. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sintió que la sangre se le helaba, que se quedaba sin voz, casi no podía respirar.

-¿Ves, Sofía? -exclamó Marco dirigiéndose a su hermana que les estaba mirando desde la mesa-. Te dije que me iba a reconocer.

Le echó los brazos al cuello abrazándole con más fuerza de la que Peter esperaba.

Peter se levantó con el niño en brazos mirando con lágrimas en los ojos a la llorosa Isabella.

-¿Qué está pasando aquí? -preguntó con una seriedad y dureza que la hicieron estremecer.

Isabella sonrió a la pequeña Sofía que se había acercado a ellos, y no contestó. Peter la cogió de la mano y la llevó a la mesa con el niño en brazos. Isabella los siguió con las rodillas temblorosas. Dejó que Peter acomodara a los niños y esperó a que le prestara atención a ella.

-¿Isabella? -la miró preocupado.

Ella asintió con las lágrimas brotando otra vez incontrolables. Peter se pasó una mano por el cabello, incómodo, mientras los niños se sentaban en las sillas. La miró detenidamente. Solo había oído hablar de ella. A los niños los conocía por las numerosas fotos que tenía de ellos, pero de ella apenas tenía ningún recuerdo. Le pasó un brazo sobre los hombros y le dio un breve beso en la frente. Notaba el dolor que ella sentía.

-Escucha, no te preocupes por nada -le susurró emocionado con la voz quebrada-. Luego hablamos. Ahora siéntate y come.

Isabella asintió sin moverse.

-¿Vas a casarte conmigo?

Peter volvió a besarle la frente con sentimiento.

-Luego hablamos.

-Puedo pagarte -le suplicó ella mirándole a los ojos.

Peter apretó sus labios con fuerza.

-Isabella, luego hablamos.

-¿Estás casado? -aventuró-. Solo será por un tiempo, por favor.

Peter la obligó con delicadeza a sentarse en una silla y miró a los niños que miraban preocupados a su tía. Peter se sentó en la mesa frente a ella cogiéndole de la mano.

Isabella sintió el calor de su mano, su calidez.

-¿Veis lo que pasa cuando no se duerme lo suficiente? -les preguntó cogiendo con la otra mano un trozo de pizza del plato de Isabella para darle un mordisco-. Ahora la tía está llorando ¿Vosotros habéis dormido bien?

-Sí -respondió Marco imitando a Peter al coger la pizza dejando de lado el tenedor-. Hemos dormido toda la noche en el coche para venir aquí a darte una sorpresa. ¿Te ha gustado?

-Claro que sí -le respondió Peter mirando a los dos pequeños-. Creí que nunca más os vería -susurró con voz ronca mientras dolorosos recuerdos acudían a su mente haciendo que Isabella lo mirara.

-Papá y mamá se fueron al cielo -le explicó Sofia que tenía los ojos tan verdes como su tía.

-Sí... Lo sé... -respondió Peter apretando la mandíbula- ¡Qué bien que tengáis a Isabella!

-Pero a veces llora -acusó Sofia.

Isabella fingió una sonrisa a modo de disculpa.

-Las chicas siempre lloran -le explicó Marco- ¿Tú también pintas como papá?

-Hace mucho que no pinto -le comentó Peter mirando de reojo a la joven de ojos verdes ya más calmada.

-Papá pintaba muy bien -le contó Sofia orgullosa.

-Esperad un momento -les pidió Peter para entrar a la cocina a avisar de que no estaría disponible.

Al volver hacia ellos descolgó uno de los pequeños cuadros que adornaban la pared.

-Mirad -les enseñó la foto emocionándose-. Este es vuestro padre cuando estuvo aquí ayudándome a montar el restaurante.

Los tres sonrieron ante la imagen de dos jóvenes en vaqueros pintando una pared con una sonrisa sincera en la boca.

Peter siguió la conversación de los pequeños mientras comían y cuando acabaron se levantó. Isabella apenas había probado bocado ni había abierto la boca.

-Venga, vamos a descansar un poco para bajar la comida.

-Pero queremos estar contigo -se quejó Marco siguiéndole.

-No estaré muy lejos -le explicó Peter mientras los acomodaba en su Cadillac rojo aparcado frente a la puerta.

-¿Vamos al hotel? -preguntó Isabella rompiendo el silencio en el que se había sumido desde que Peter se había sentado con ellos.

-No -respondió él poniendo en marcha el coche, mientras escuchaba a los niños hablar sobre el viaje que los había llevado hasta allí.



Pararon frente a una hermosa casa de piedra con muchas flores y un columpio en el jardín.

-¿Vives aquí? -preguntó Sofia mirando sorprendida a su alrededor.

Aquello se notaba que era un hogar.

-No -respondió Peter antes de bajar del coche y dirigirse hacia la puerta.

Llamó al timbre, sin dejar de mirar a los pequeños que bajaban del coche curiosos. Megan salió con una sonrisa.

-¿Ya te has decidido a comprar la casa? -le preguntó divertida antes de darse cuenta de que no estaba solo.

-No. Megan, esta es Isabella.

Megan los miró extrañada.

-Hola... ¿No eres tú la que ha tropezado esta mañana con Peter?

-Ha sido sin querer -se justificó Isabella-. No era mi intención... yo no sabía... -se fijó que la mujer estaba embarazada de pocos meses.

Megan la miraba sin comprender.

Isabella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas cuando un perro de tamaño mediano salió de detrás de ella seguido por una niña rubia que los miraba curiosa. No se había planteado que estuviera casado, con una mujer embarazada, con hijos... Sintió que su mundo, sus esperanzas, se hacían pedazos.

-Será mejor que nos vayamos, no sé cómo no pensé que estarías... -titubeó Isabella-. Niños, vámonos.

Los niños se quedaron quietos sin saber que hacer. Habían visto salir al perro y a la niña y querían acercarse a ellos.

Peter tensó la mandíbula.

-Megan, ¿Pueden quedarse aquí un momento? Tengo que hablar con Isabella -le pidió Peter serio.

-Sí, claro -aceptó Megan preocupada, mientras otro niño salía de la casa-. Por supuesto.

Los vio caminar hacia el coche.

-Hola niños, me llamo Megan -se presentó ella agachándose a su altura-, y estos son Bob y Charlotte, con su perrito Duke, ¿queréis jugar con ellos?

Los cuatro niños salieron corriendo, siguiendo al perro hacia el columpio del jardín.

Peter había cogido a Isabella del brazo y la condujo con suavidad hasta el coche. Ella iba arrastrando los pies. No quería ni andar. Tenía que pensar otras opciones...

-Sube al coche -le ordenó a Isabella abriéndole la puerta.

Cabizbaja y con gran abatimiento subió al coche en silencio antes de romper a llorar en cuanto Peter se sentó.

Sin hablar, llegaron a orillas del lago que bañaba Edentown. Peter bajó, dio la vuelta al coche y abrió la puerta a Isabella para que bajara.

Ella dudó antes de hacerlo. Miró a su alrededor. El agua del lago estaba en calma y bordeado por una pradera rodeada de árboles, merenderos de madera y pequeños conjuntos de rocas. Algunos árboles habían perdido sus hojas dando la bienvenida al invierno. Sin duda ese paisaje en primavera sería precioso, divagó antes de coger aire y bajar del coche.

-Cuéntame qué haces aquí -le pidió preocupado.

-¿Para qué? -suspiró Isabella empezando a andar casi arrastrando los pies.

-Para que me haga una idea de por qué la hermana de mi mejor amigo ha venido hasta aquí con sus hijos, pidiéndome matrimonio... Desde Italia, Isabella, desde Italia.

-Escuchándolo de tu boca suena ridículo -susurró dirigiéndose hasta la orilla del lago-, pero a mí me pareció una buena idea cuando lo pensé.

-¿Una buena idea? ¿Qué problemas tienes? y ¿Por qué yo? Raffaello tenía más amigos, tú tenías una vida en... creo que por México ¿no?

Isabella esbozó una sonrisa que le iluminó, por unos segundos, su bonito rostro.

-Bueno, supongo que hice una tontería -insistió Isabella sentándose en un grupo de piedras mirando el agua cristalina.

-Quiero saber por qué -insistió Peter sentándose a su lado.

-Pensé que estabas soltero -se encogió de hombros sin mirarlo-. Quieren quitarme a los niños. Mi cuñada, Antonella, la mujer de Raffaello, tiene un hermano... -suspiró -. La cuestión es que quieren quedarse con la custodia de los niños. Nunca se habían llevado bien con ellos, ni conocían a los niños, pero han pedido la custodia, y su herencia, alegando mi estilo de vida -miró a Peter que la escuchaba en silencio reflexionando.

Volvió a mirar al lago queriendo contagiarse de su calma y su sensación de estabilidad.

-¿Qué pasó?... El accidente...

-Raffaello y Antonella tenían que hacer un viaje... por el sur del pacífico... creo que iban a Argentina. Tenían una exposición. Raffaello era muy bueno, muy reconocido... Alquilieron una avioneta para llegar antes... nos dijeron que habían entrado en una tormenta... eso fue lo último que dijo el piloto por radio... y ya no se sabe más -suspiró triste-. Las autoridades estuvieron buscándolos dos meses. Finalmente los dieron por muertos...

-Cuesta tanto creer que ya no esté -murmuró Peter frunciendo el ceño y cruzando los brazos sobre su pecho, conteniendo el dolor que todavía sentía.

-Raffaello siempre hablaba maravillas de ti, te quería mucho.

-Y yo a él -le contestó sincero.

-Lo sé. Por eso pensé que podrías ayudarme.

-¿Casándome contigo? -preguntó extrañado.

Isabella se encogió de hombros.

-Los abogados me han dicho que la única manera de quedarme con la custodia es casándome y asentándome en algún lugar. Cuando me avisaron de lo sucedido volví a casa, con ellos, y supe que no quería volver a mi vida, a México, en las misiones con las que cooperaba. Pensé que era hora de asentarme... y me pareció que Raffaello estaría de acuerdo en que tú serías la mejor opción.

Peter se levantó perdiendo su mirada en las aguas cristalinas del lago que reflejaban el cielo blanco del invierno.

Recordaba los años que había pasado recorriendo Europa con Raffaello. Se habían conocido en un albergue juvenil al norte de Italia y habían pasado juntos los siguientes cinco años estudiando el arte del país.

Ahora, esos tiempos quedaban muy lejos pero siempre habían mantenido el contacto. Raffaello había venido a ayudarlo cuando montó la pizzería. Él había estado en su boda con Antonella, era el padrino de su hijo, lo había visitado en diferentes ocasiones... y había sentido que el mundo se paraba cuando amigos en común le avisaron de su desaparición tras el accidente.

A raíz de eso había empezado a plantearse su vida desde lo más profundo de su ser.

-¿Y tú, estás segura? -le preguntó preocupado girándose para mirarla-. Vas a hipotecar tu vida por unos niños.

-Son todo lo que tengo -le comentó Isabella acercándose.

-¿Y tu novio? ¿Cómo no se lo pediste a él?

Isabella lo miró extrañada.

-Si hubiera tenido novio no me habría cruzado medio mundo para venir a verte y pedírtelo a ti.

Peter sonrió triste, negando con la cabeza.

-Era una pregunta estúpida, pero ¿cómo es que no tienes novio? -le parecía difícil de creer que una mujer tan bonita no tuviera un hombre suspirando por ella.

Isabella le miró molesta. ¿Por qué iba a tener novio? Una mujer no necesita un hombre para ser feliz, pensó. Y a ella, nunca le habían interesado mucho las relaciones de pareja.

-Vale, ¿o algún amigo? -se encogió de hombros extrañado. Los italianos estaban ciegos ¿o qué?

-No te preocupes -le dijo ella dándose la vuelta hacia el coche-. Ya te dije que no sabía que tú estuvieras casado. Raffaello no me lo comentó nunca y hablaba de ti con frecuencia. Nos volveremos mañana a Italia, no tiene sentido estar más tiempo aquí.

Peter la detuvo cogiéndola por el brazo.

-No he querido decir eso, puedes quedarte aquí. Tienes que asentarse en algún sitio, ¿no?

Isabella fingió una sonrisa.

-¿Hay muchos solteros disponibles por esta zona?

-¿No prefieres estar enamorada?

-No tengo tiempo -le miró a los ojos.

-El matrimonio es para toda la vida -la soltó del brazo.

-No siempre -respondió Isabella-. Puede ser temporal, hasta que se rindan con la custodia, tengo algo de dinero ahorrado, un poco, puedo pagar...

-Por favor, Isabella, no digas tonterías -gruñó Peter mientras veía acercarse a Megan con los cuatro niños corriendo detrás de una pelota.

Estuvieron en silencio hasta que se acercaron.

-No sabía que estabais aquí -se disculpó anudando su bufanda de lana-. Pensé en traerlos a jugar al lago ahora que todavía no está todo cubierto de nieve.

Peter sonrió cogiendo la mano a Isabella. Isabella miró sus manos unidas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo con su contacto. Levantó la cabeza para mirarle a la cara. Él estaba sonriendo a la mujer pelirroja.

-Ves preparándome las llaves de la casa, Megan -decidió sin sentir ningún miedo-. Tú que creías que no iba a venir nadie a pedirme matrimonio... te presento a Isabella, mi futura mujer.

Isabella miró extrañada a Peter, que estaba sonriendo y luego a Megan que los miraba boquiabierta.

-¿Eso es que te vas a casar conmigo? -le preguntó mirándole esperanzada apoyando su otra mano en el brazo.

-Eso le he dicho a mi amiga -le respondió mirándola a sus bonitos ojos verdes, sintiendo una paz que le sorprendió más de lo que esperaba.

Isabella miró a Megan con una sonrisa y los ojos llenos de lágrimas. Miró a los niños que corrían distraídos detrás de la pelota. Lo había conseguido. Lo había conseguido. La alegría inundaba su interior. Las piernas le temblaban. Volvió a mirar a Peter y se dejó caer de rodillas llorando de alivio. Peter se arrodilló a su lado dándole un abrazo.

-Vamos, mujer.

-Gracias, gracias -le susurró abrazándolo entre lágrimas y sonrisas-. No sé cómo puedo agradeceréte.

-Bueno, tienes toda la vida para pensarlo -le respondió él sonriente.



-¿Estás loco?! -preguntó a voz en grito Jane Muldoon entrando decidida sin saludar a nadie en la casa de Megan, sabiendo que su hermano estaba allí.

Peter salió de la cocina con una cerveza en la mano.

-Yo también me alegro de verte, hermanita.

-No me vengas con tonterías -respondió Jane mientras su pareja entraba en la casa saludando a Peter con un gesto de cabeza- ¿Has pensado bien lo que vas a hacer?

Isabella se encogió en la silla de la cocina en la que estaba sentada al oír los gritos en el pasillo. Ahora las dudas la empezaban a asaltar a ella. Iba a cambiarle la vida a un hombre. En ningún momento había pensado en él. Pero ella quería a esos niños, era lo único que le quedaba de su familia.

-No te preocupes -le dijo Megan con una amable sonrisa en la acogedora cocina donde estaban sentadas-. Jane parece más arisca de lo que es en realidad.

Isabella levantó la mirada del suelo retorciéndose las mangas con las manos, mientras asentía insegura.

-No ha sido mi intención...

-Eh, no hace falta que me digas nada, por lo menos a mí -le sonrió Megan-. Peter ya es mayorcito para saber lo que se hace y, desde que desapareció tu hermano, se estaba planteando muchas cosas.

-Jane, esta es Isabella.

Peter le presentó a su hermana que entraba a la cocina por delante de él.

Isabella se levantó de un salto, nerviosa ante la guapísima y delgada mujer de cabello rubio.

Jane miró de arriba abajo, inquisitiva, a la joven morena. Realmente era bonita, curvilínea, más bajita que ella y no parecía que tuviera malas intenciones.

-¿No has podido encontrar novio de otra forma? -le preguntó directamente, extrañada.

-¡¡Jane!! -exclamó Peter molesto-. La decisión está tomada. No hay más que hablar.

Jane miró a su hermano con los brazos en jarras.

-¿Y si no os lleváis bien? ¿Y si uno de los dos se enamora de otra persona después?

-Pues se divorcian y punto -comentó Jared entrando hasta ponerse junto a Megan y coger la bandeja que tenía preparada para la barbacoa que Keith y Nick estaban preparando en la parte trasera de la casa.

-En mi familia no nos divorciamos, Jared Jackson, deberías saberlo -le dijo seria a su muy atractiva pareja.

Jared, sensual como siempre, le besó la mejilla cuando pasó a su lado.

-No seas muy dura, cariño.... -le recomendó-. Vamos, Peter, ven con los hombres y deja a las mujeres que hablen de sus cosas.

Isabella lo miró suplicante. Se sentía sola e indefensa en territorio enemigo. Peter le devolvió una sonrisa. Sabía que solo era cuestión de tiempo que todos se hicieran a la idea.

-No dejes que te intimiden -le susurró antes de seguir a Jared.

Isabella dio dos pasos hacia atrás. Se sentía fuera de lugar. No contaba con la aceptación de la familia de él y quizá, no se había planteado la realidad del paso que iba a dar.

-Bah -se sentó Jane en una de las sillas con un ruidoso bufido-, vamos, siéntate -le dijo a Isabella-. No voy a morderte.

Isabella obedeció no muy convencida.

-No le hagas daño -le avisó Jane mirándola a los ojos-. Peter siempre ha sido muy protector y es normal que vaya de caballero andante, pero no quiero que sufra por ello.

-No quiero hacerle daño -le aseguró Isabella-, y si se me hubiera ocurrido otra opción tampoco hubiera venido hasta aquí a cambiaros la vida.

Jane asintió seria.

-Supongo que no habrá sido fácil para ti.

Isabella negó con la cabeza.

-¿Y los niños? -miró a su alrededor
-Jugando con los míos -le contestó Megan mientras abría la puerta a su amiga Laurel que venía cargada con una caja de la pastelería
-¿Una tarta de chocolate? -le preguntó Jane.
-Esto es una crisis para una mujer -le explicó poniendo una mano sobre el hombro de Isabella, aun sin conocerla - ¿Tú qué hubieras hecho en su lugar?
-Aún no me ha contado la historia -le explicó Jane levantándose a coger cuatro tenedores del cajón.
-Yo... Mi hermano murió y me quieren quitar a mis sobrinos, que es lo único que me queda de mi familia -resumió Isabella sorprendida del rumbo que estaban tomando las cosas-. Tengo que casarme y establecerme en algún sitio para poder quedármelos.
-Hummm -asintió Jane- ¿Y qué mejor opción que un amigo de tu hermano?
Poniéndose en su lugar, supuso que ella habría hecho lo mismo, pensó.
-Me pareció lo mejor -se encogió de hombros mientras las veía comer el trozo de tarta que Megan había repartido-. No se me ocurrió nada más, la verdad. Rafaello siempre hablaba bien de Peter... lo siento.
-¿El qué? -preguntó Megan empujándole el plato destinado a ella, invitándola a comer-. Era lo que tenías que hacer. Ojalá yo hubiera tenido una tía como tú.
-¿De verdad os poneis a comer tarta ahora? ¿Y lo que estamos haciendo en la barbacoa? -preguntó Keith, la pareja de Megan entrando a coger unos platos.
-No te preocupes cariño, con el frío que hace lo que estáis haciendo nos sentará muy bien-le respondió Megan dándole un beso rápido.
-No sé... pero voy a decir a los niños que empiecen a poner la mesa del salón -le comentó con una sonrisa.
-Me parece perfecto -añadió Megan.



Peter acompañó a Isabella y a los niños al hotel después de la peculiar y copiosa cena. Le estaba costando separarse de ellos. Los niños le trataban con muchísimo cariño y afecto, como si hubieran mantenido un contacto cercano todos los días, e Isabella, cuanto más la miraba más bonita le parecía. Se sentía muy afortunado y sorprendido, ante el giro que parecía que había tomado su vida.

-Mañana, si te parece bien, iremos a ver la casa que pensaba comprar -le informó cuando llegaron a la puerta de su habitación-. Paso a buscarte a las diez.
-Peter, siento todo esto -le susurró más relajada, entrecerrando la puerta, mientras los niños entraban corriendo hacia las camas.
-¿El qué? -preguntó divertido con las manos en los bolsillos-¿Darme una familia?
-No... no sé... ¿Y si un día te enamoras?
-¿De ti?
Isabella dio un respingo
-¡No! ¿Por qué de mí?
Peter la miró extrañado.
-¿Por qué no? Creo que sería lo más lógico -. *Además de que eres preciosa*, pensó.
-Pero... pero... yo... no me conoces.
-Y voy a casarme contigo.

-Ya, pero...

Peter le sonrió mientras con grandes esfuerzos se alejaba de la puerta.

-Mañana nos vemos. Duerme tranquila que creo que te vendrá bien.

Cuando Isabella cerró la puerta tras de sí sintió sus rodillas temblando, pero la sonrisa que se le dibujó en el rostro la liberó de todo el sufrimiento que había acumulado los últimos días. Corrió hacia sus sobrinos y los abrazó orgullosa, de ella, de ellos, de lo conseguido, de su hermano, y agradecida desde lo más profundo de su alma a Peter, su futuro marido.



-Tía, están llamando a la puerta -le susurró en el oído la pequeña Sofía.

Isabella tardó unos segundos en entender lo que la niña decía y se sentó de golpe en la cama recordando el viaje y el caos de los últimos días. La luz del día brillaba con demasiada intensidad para estar amaneciendo.

-¡Oh, Dios! -exclamó mirando la hora en su reloj de muñeca-. Me he dormido... Peter... -abrió la puerta sin preocuparse en absoluto de su aspecto-. Lo siento, nos hemos dormido -miraba al suelo nerviosa, buscando sus zapatillas.

Peter abrió la boca para saludar, pero no pudo articular palabra. El cabello oscuro y ondulado de Isabella estaba alborotado, uno de los tirantes de su fino camisón resbalaba tentador sobre su bronceado hombro, mientras dibujaba su sinuosa figura. Era una tentación, tan bonita, tan sexy... La vio agacharse a recoger uno de sus zapatos, el escote del camisón se le abrió... Peter retrocedió un par de pasos para evitar que ella notara la excitación que le había producido su aspecto.

Entonces Isabella le miró sorprendida al no verlo reaccionar ni articular palabras.

-¿Pasa algo?

-Será mejor que os espere abajo -decidió incómodo.

Isabella se miró el camisón mientras se retiraba el cabello que le caía sobre el rostro. Quizá no le gustaba verla en pijama. Miró a su alrededor avergonzada. La habitación estaba bastante desordenada.

-Disculpa -le dijo insegura-. Es que me dormí...

Marco corrió en pijama hacia él cogiéndole de la mano

-¿Te vas?

-No -le sonrió-. Os espero abajo.

-Espera que me vista y bajo contigo -le pidió Marco mientras iba corriendo a coger unos pantalones.

Peter asintió desde la puerta. Isabella había empezado a cambiar de ropa a Sofía mientras la niña se lo ponía difícil al no querer soltar las muñecas. Entre risas y órdenes lo estaba consiguiendo mientras Marco se peleaba con una camiseta que no parecía querer entrar por su cabeza.

Eso debía ser una escena familiar normal. Eso era lo que iba a tener a partir de ese momento. Le extrañó y le gustó al mismo tiempo. Entró a ayudar a Marco con la camiseta mientras Isabella le miraba de reojo.

Estaba muy guapo, reconoció mientras oía a Marco reírse. La sonrisa que tenía en su rostro era capaz de enamorar a cualquiera. ¿Enamorar? ¿Había pensado en la palabra enamorar? Se sonrojó. Peter era muy guapo y atractivo, pero de ahí a enamorarse... Además, el sentimiento debía ser mutuo.

En cuanto los niños estuvieron vestidos y peinados Peter se levantó.

-Me los llevo -comentó incapaz de correr el riesgo de ver a Isabella vestirse.

-¿A dónde? -le preguntó extrañada-. Me ducho en 5 minutos y salgo.

-Tómame diez -le sugirió Peter-. Acude a la calle principal, hay una cafetería-pastelería muy buena. Estaremos desayunando allí.

Isabella asintió acercándose a despedirse con un beso de sus sobrinos que ya habían dado la mano a Peter.

Los dos se miraron. Peter le miró los labios. Algún día también le daría un beso a él. Isabella se sonrojó ante su mirada. Ella también se había fijado en sus labios, carnosos, bien delineados.

-Cuando acabes, vienes -le dijo con una media sonrisa sin poder evitar que su mirada recorriera el hombro que el tirante dejaba libre y que hacía más profundo el escote del camisón.

Isabella asintió cerrando la puerta en cuanto salieron.

Antes de entrar en la ducha revisó su teléfono móvil. Llamó a su abogado para informarle de donde estaba, y de su inminente matrimonio, para que pudiera alegarlo para conseguir la custodia.

Se sentía satisfecha por haberlo conseguido. Sonrió con cariño pensando en su hermano. Sus sobrinos siempre mantendrían su recuerdo vivo.



No tardó en llegar a la bonita cafetería. Le gustó el sitio tan acogedor y alegre. Armonía de colores, mesas y sillas de madera rústica en color blanco, pequeños ramilletes de flores sobre las mesas... y las personas que estaban a esa hora parecían disfrutar del momento sin prisa.

La mujer que estaba detrás de la barra, le sonrió al verla entrar y mirar con cariño a Peter y a los niños. Los niños hablaban sin parar, seguro que de cualquier tema que se les ocurría, ante su sonriente tío. La escena le parecía preciosa.

Isabella se dirigió a la mesa ante las sonrisas de sus ocupantes, no sin antes echar un ojo al mostrador con las diferentes porciones de tarta.

-¿Qué quieres desayunar? -le preguntó Peter atento -. La tarta de almendras está buenísima.

-Creo que me gustarían todas -le sonrió ocupando la silla que estaba vacía alrededor de la mesa después de quitarse el abrigo.

Se había puesto otro vestido floreado en tonos oscuros y tupidas medias que estilizaban sus bonitas piernas.

-Empieza por una -le sugirió Peter -. Tendrás tiempo de probarlas.

-Supongo que sí -se encogió de hombros -. Empezaré por la de almendras entonces.

-He quedado con Megan.

Isabella lo miró seria. Cuando trazó su plan solo lo incluía a él. No había tenido en cuenta que él tendría una vida, unos amigos, una familia a quien también le iban a influir los cambios...

-Vamos a ver la casa -le explicó-, y si te parece bien firmamos los papeles.

-¿Qué papeles?

-La compra -le sonrió notando su incomodidad-. Puede ser un matrimonio fingido, Isabella, pero yo no sé hacer las cosas a medias. Si te parece, nos casaremos y viviremos bajo el mismo techo. Tú no puedes quedarte en el hotel indefinidamente, y yo ya es hora de que salga de casa de mis padres.

Isabella asintió indecisa

-De verdad que siento... un poco... todo esto. Solo pensé en los niños...

Peter asintió.

-Yo estoy de acuerdo, Isabella. Si no me pareciera bien te ayudaría a encontrar otras opciones, te

lo aseguro.

-Siempre nos podemos divorciar después de un tiempo... -intentó consolarlo.

-O quizá consiga que te enamores de mí y no quieras divorciarte -se echó hacia atrás en su silla para mirarla mejor.

Además de bonita le parecía realmente valiente e inteligente. A no ser que tuviera un carácter endiablado, que no lo parecía, no tendría que ser difícil la convivencia. Que él se sentía atraído por ella era evidente. Solo tenía que convencerla de que el amor podría llegar tras la atracción física y estaba dispuesto a emplear para ello el tiempo que hiciera falta.

Quiso pensar que si Isabella hubiera sido una turista que hubiera conocido en el verano, también hubiera intentado mantener una relación con ella. Que ella hubiera dado el primer paso por el bien de unos niños, no iba a cambiar las cosas.

Miró con cariño a los niños que estaban pintando distraídos, le recordaban tanto a Rafaello. Suspiró. Para él, la amistad era sagrada y sin condiciones.

-Vaya, está buenísima -afirmó Isabella saboreando el trozo de tarta que se había metido a la boca.

Peter sonrió al verla disfrutar.

-Cuéntame algo sobre ti -le pidió- ¿Cómo te dio por irte a México como cooperante? ¿Eres un alma viajera? -le sonrió.

Isabella lo miró distraída ante esa sonrisa ¿Cómo podía ser tan guapo y no estar casado?

-No. Más bien no sabía qué hacer con mi vida, no sabía qué estudiar... trabajaba de camarera, cuidando niños, en tiendas de alimentación... -se encogió de hombros-. No tenía ninguna vocación. Entonces una amiga me dijo que iba a México a colaborar allí como voluntaria en una Ong y decidí acompañarla -sonrió recordando muchísimos momentos emotivos en los que solo se dedicaba a ayudar.

-¿Lo echas de menos? -le preguntó Peter que había reconocido la emoción en su mirada.

Isabella negó con la cabeza.

-Creo que esa etapa se acabó. Me lo estaba planteando cuando me llamaron. A ver... hubiera podido estar allí más tiempo... pero... no sé... estaba empezando a echar en falta la familia o algo tan sencillo como tomar un helado sentada en la plaza Navona...

-Qué bonita la plaza Navona... -recordó Peter sonriendo -. Y qué buenos los helados...

Isabella asintió con una sonrisa.

-¿Por qué abriste una pizzería?

-Deberíamos irnos a buscar a Megan en cinco minutos -le informó mirando la hora de su reloj-. Bueno, fui a Europa a conocer el arte de primera mano, ya lo sabes. Estuve dando vueltas con tu hermano tres años, pero los dos años siguientes, viviendo en Roma, me sirvieron para darme cuenta de que, aunque se me diera bien pintar no iba a ser mi profesión. Mira lo bien que le ha ido... que le iba a Rafaello.

Isabella asintió con dulzura recordando a su hermano.

-Tenía mucho talento... desde siempre -Dio el último trago a su capuccino.

-Así que, viendo que no iba a dedicarme a la pintura, algo tenía que hacer. No lo tenía claro. Por entonces había empezado a trabajar allí en una pizzería... me gustaba el contacto con la gente, el ajetreo en las horas punta... la comida, por supuesto... así que, cuando volví a casa me planteé esa posibilidad. Llamé a Rafaello para que viniera y me ayudara a montarla, y ahí está la pizzería "Il lago", que como no hay otra en el pueblo no necesita nombre, pero se lo puse igualmente -se levantó con una sonrisa-. Venga chicos, es hora de irnos.

Isabella se levantó y antes de que pudiera coger el abrigo Peter lo había cogido y le ayudaba a

ponérselo.

Nada más salir el aire frío de la mañana les refrescó la cara.

-Qué bien se estaba dentro -comentó Isabella mientras Peter le cogía de la mano para guiarles hasta la inmobiliaria de Megan.

-¿No te gusta el frío?

Isabella negó con la cabeza,

-No mucho, la verdad... Niños, abrigaos bien.



La casa que les enseñó Megan era muy bonita. Estaba cerca del lago, en una céntrica calle, con un amplio jardín trasero. Dos plantas y una buhardilla preparadas para entrar a vivir en cuanto se pintara y amueblara.

Peter ya la había visto hacía unos días, pero ahora la veía con otros ojos y explorando la posibilidad real de vivir allí con una familia, su propia familia.

-¿Qué te parece? -le preguntó a Isabella mientras Megan mostraba a los niños el jardín.

Isabella se encogió de hombros.

-Es muy espaciosa...

-Bueno, cuatro dormitorios tampoco son tantos -comentó él acercándose a la cocina abierta al salón- ¿Te imaginas viviendo aquí? -le preguntó pasando por su lado para acercarse a la chimenea de leña del salón.

Isabella sentía una especie de nudo en su estómago. Era por los niños, se recordó. Ya parecía real que fueran a vivir allí, como si fueran una familia que no eran. Habría que dejar claras las cosas...

-¿Estás bien? -le preguntó Peter acercándose a ella-. Tienes mala cara.

Isabella asintió.

-Es solo que parece tan real.

Peter la miró sin comprender.

-¿A qué te refieres?

-Solo había pensado mi plan hasta que accedieras a casarte conmigo, no pensé lo que ocurriría después...

Peter le cogió las manos sonriendo mientras le rozaba la palma de sus manos con sus pulgares haciéndola estremecerse.

-Ocurrirá lo que tú quieras -le tranquilizó mirándola a los ojos y a los labios entreabiertos.

Isabella bajó la mirada sonrojada.

-No me refiero... solo a eso... me refiero a... todo.... esto es real. Nos quedaremos aquí -dijo en voz alta tratando de convencerse.

-Eso espero -le respondió Peter-. Ya pensaremos después los detalles.

Se la llevó de la mano hasta Megan.

-Venga, nos la quedamos.

Megan les sonrió sincera.

-Sabía que esta casa era la tuya en cuanto la vi ¡¡Enhorabuena!! -los abrazó a la vez.

Isabella sonrió ligeramente aturdida. Todo era más real de lo que había pensado que sería.



Poco después llegaron a la enorme casa familiar de Peter. Tres plantas de fachada blanca immaculada e impecable.

-¿Aquí vives? -le preguntó Isabella admirando el edificio.

-Hasta ahora, sí -le dijo a Isabella mientras le abría la puerta-. Es la casa de la familia. Mis padres viajan mucho, pero vendrán en unos días. Niños, poned la televisión si queréis mientras la tía y yo hablamos.

Los niños corrieron intuyendo donde estaba el salón y enseguida se empezó a oír el sonido de dibujos infantiles de fondo. Era una suerte que Rafaello y Antonella hubieran insistido tanto con los idiomas en su educación, pensó Peter. Si a eso se le añadía la facilidad que tenían para adaptarse a los cambios, parecía que estaban aceptando su nueva realidad realmente bien.

Isabella siguió a Peter hasta una espaciosa y elegante cocina de techos altos.

-Toma -Le ofreció una copa con vino tinto-. Brindemos.

-¿Por qué?

-Hemos comprado una casa.

-Tú has comprado una casa -le corrigió ella-. Esto es una mentira, nuestra relación, la vida aquí...

-Pero puede convertirse en una realidad... -le interrumpió él convencido de sus palabras mientras brindaba.

Isabella se sonrojó y lo imitó bebiendo un trago, insegura y nerviosa.

Peter se le acercó cogiéndola por los hombros. Isabella aguantó la respiración. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Iba a besarla? Notó cómo se acaloraba.

-No te preocupes, ya se irá viendo...-se separó de ella para sacar una libreta y un bolígrafo de uno de los cajones-. De momento habrá que hacer varias cosas.

Isabella soltó el aire que había estado reteniendo extrañada mientras veía como se sentaba y empezaba a hacer una lista. Por unos momentos había llegado a sentir... ¿ilusión?

-Habrá que inscribir a los niños en el colegio, no tendrán dificultad para adaptarse con el idioma por lo que veo, habrá que abrir una cuenta en el banco para los gastos de la casa, comprar muebles, avisar en el hotel que te vas en cuanto nos den las llaves, para eso no habrá problema, Nick y Laurel son de confianza... ¿se te ocurre algo más? Unas bicicletas para vosotros, aunque ahora con el frío no las vamos a utilizar mucho...

Peter fingió repasar la lista mentalmente dándole vueltas al bolígrafo en su mano. Había estado a punto de besarla. Las dudas reflejadas en su mirada lo habían hecho retroceder. Era tan bonita, tan dulce... Tenía que ir más despacio si pretendía convencerla de que el amor podía llegar de repente entre ellos.

-Para empezar, no falta nada ¿no?

Isabella asentía a todo sin prestar mucha atención. Había empezado a agobiarse. Sus planes habían acabado al pedirle matrimonio a Peter. No había pensado en nada más, y lo cierto es que tenía que empezar a hacerlo.

Lo primero que necesitaba era un trabajo. Sus ahorros se acabarían en algún momento. Tenía que ponerse a trabajar... pero no tenía ninguna formación específica, ni contactos... bueno, voluntad y actitud sí que tenía así que esperaba que no hubiera ningún problema al respecto.

Peter cogió su móvil en cuanto escuchó la llamada mientras pensaba si les quedaba algo más por hacer para apuntarlo en la lista.

-¿Cómo? ¿Estás bien? -preguntó preocupado-. No, no te preocupes -le dijo tranquilo mirando a Isabella que estaba atenta a la llamada.

-¿Va todo bien? -le preguntó ella desde su silla, incorporándose hacia él, cuando colgó el

teléfono.

Peter alzó las cejas reteniendo el aire.

-¿Has dicho que habías trabajado de camarera?

Isabella asintió extrañada.

-Tengo que pedirte un favor. Mandy la camarera de la pizzería, se ha caído por las escaleras de su casa y tiene que estar dos semanas de baja... En circunstancias normales tendría que buscar un nuevo camarero, formararlo y a lo que supiera desenvolverse bien, con la vuelta de Mandy, rescindirle el contrato.

Isabella le escuchó atenta.

-¿Podrías trabajar en la pizzería unos días?

-Me parece bien -aceptó convencida-, pero ¿y los niños?

Peter miró hacia el salón donde estaban viendo la televisión distraídos. Los niños... ¿De eso se trataba la conciliación familiar?

-Supongo que al mediodía pueden estar allí con nosotros... por la noche podemos encontrar alguna chica del instituto... creo que Carolyn, la dueña de la pastelería, tiene una hija adolescente... Los niños estarán bien.

Isabella asintió.

-De acuerdo.

-Llamaré al gestor para decírselo y que te prepare un contrato -le comentó buscando su teléfono en el móvil-. Isabella -la miró a los ojos-, gracias.

Isabella lo miró sorprendida mientras él salía de la habitación para hablar con su gestor ¿Le había dado las gracias? ¿Pero si justo ella estaba pensando en buscar un trabajo? Sonrió extrañada y satisfecha. Parecía que todo iba sobre ruedas y temía que dejara de ser así.

Peter volvió poco después colgando el teléfono y mirando la hora.

-Será mejor que vayamos hacia la pizzería cuanto antes-le dijo-. Así te enseño todo. Comeremos allí. Niños, vamos a la pizzería.

Los dos niños remolonearon por dejar de ver la televisión, pero finalmente se pusieron los abrigos en un momento ante las firmes órdenes de su tía.



En la pizzería, Isabella enseguida se sintió como en casa. No solo se sentía arropada por la decoración o la música italiana, sino que además las recetas, las especias, los olores le eran tremendamente familiares.

Los niños estaban distraídos en una mesa que habían preparado para ellos en un rincón de la cocina, donde podían jugar y pintar sin necesidad de vigilancia continua.

Peter se sentía satisfecho por lo fácil que les resultó a todos la adaptación. En menos de quince minutos parecía que Isabella y los niños llevaran allí toda la vida.

Se sorprendía mirando a Isabella con frecuencia. Prestaba atención a todo, sonreía y ayudaba en todo lo que podía sin necesidad de que hubiera que pedirselo.

Los dos camareros y los dos ayudantes que tenía en la cocina la habían acogido también sin problemas. Todo fluía bien, sonrió aliviado.

Isabella estaba disfrutando más de lo que había pensado que podía disfrutar. El ambiente laboral era muy bueno. Los compañeros eran agradables y tenían muy claras sus responsabilidades. Le gustaba ver a Peter en la cocina. Se movía con rapidez y destreza. Tan guapo, tal alto, con su chaqueta blanca de chef. Sus manos eran rápidas, seguras, certeras en los movimientos. Se sonrojó

al pensar cómo sería que le acariciara con ellas.

Poco después de que el servicio de comida comenzara, reconoció al joven que entraba por la puerta. Era el dueño de la gasolinera que había en la entrada del pueblo, donde ella había dejado el coche de alquiler.

Llevaba su rebelde cabello peinado hacia atrás. Sus ojos verdes y su mandíbula cuadrada además de lo que parecía un musculoso cuerpo le hacían muy atractivo. Seguro que había sido un rompecorazones en sus años jóvenes. Ahora, con la treintena superada, a ese atractivo natural se le añadiría la experiencia, supuso con una sonrisa. Reconociendo lo guapo que era, se sorprendió de no sentirse atraída por él. Los rompecorazones nunca habían sido su estilo, y para qué engañarse, ella tampoco había sido del gusto de ellos.

-Hola... Te conozco, ¿verdad? -le preguntó acercándose al mostrador en el que estaba ella sonriéndole.

Isabella asintió.

-Te dejé un coche que había alquilado...

Él asintió recordando el destartado Ford de color rojo.

-¿Vas a trabajar aquí?

Peter escuchó la voz de uno de sus mejores amigos y salió de la cocina sin dudar. Dexter Campbell siempre había tenido todas las mujeres que había querido. Él no podía quejarse, igual que Cameron, su otro amigo, pero Dexter era un mujeriego reconocido y no quería que Isabella estuviera dentro de su alcance.

-Dexter.

-Eh, Peter, vine a por la pizza que te había encargado. No sabía que tenías una camarera tan... -la miró sensual y respetuoso de arriba abajo-... bonita.

Isabella abrió los ojos sorprendida. Y luego serían los italianos los que tenían fama de mujeriegos. Acababa de conocerlo y ya se veía que quería coquetear con ella.

-Esta es Isabella, mi futura mujer -le explicó orgulloso dejando sin habla a su amigo.

-¿Cómo?

-Lo que has oído. Aun no tenemos fecha para la boda, pero va a ser mi esposa.

-¿Y por qué tú y no yo? -le preguntó extrañado y sonriendo a la bonita morena que acababa de tachar mentalmente, de su lista de posibles conquistas-. ¿Estás segura, Isabella? Aún puedes cambiar de opinión.

Dexter miró a su amigo confundido. Que Peter considerara a una mujer como posible esposa era un gran cambio para él, y, conociéndole, seguro que lo diría en serio. Peter era muy responsable con todo lo que consideraba importante y, por lo que sabía, el matrimonio nunca había entrado en sus planes antes de ese momento.

Isabella sonrió al notar una nueva actitud en el atractivo amigo de Peter. Ya no pretendía coquetear, pero mantenía su estilo seductor de un modo agradable y simpático.

-Bueno, a ti no te conocía -le respondió divertida.

Peter la miró serio. ¿Y si Isabella se enamoraba de otro?

-Estás a tiempo -le respondió Dexter sin prestarle mayor atención-¿Tienes mi pizza preparada?

-Sí, toma.

Peter se la había preparado para llevar dentro de una cajita de cartón con el nombre de la pizzería.

-Gracias ¿Nos vemos el lunes en tu casa?

-Sí, a las siete-le respondió Peter-. Por cierto, también me he comprado una casa.

Dexter miró a su amigo nuevamente sorprendido. No sabía que tuviera tantas cosas en mente que

no les hubiera contado. Sin duda, estaba pasando algo.

-Creo que nos tienes que poner al día de unas cuantas novedades.

Peter asintió mientras lo veía salir de la pizzería antes de mirar a Isabella, que también lo seguía con la mirada.

Isabella volvió la cabeza hacia el comedor antes de darse cuenta de que Peter la miraba.

-¿Ocurre algo?

-No... es solo que... estaba pensando... -¿Cómo explicarle que había sentido celos cuando apenas se conocían?-. Dexter está soltero...

Isabella lo miró confundida.

-¿Qué me quieres decir?

-Que quizá deberías plantearte la posibilidad de enamorarte de alguien que... te guste... de verdad -tenía que hacerle ver esa opción por mucho que le molestara.

Isabella lo miró extrañada.

-¿Te refieres a tu amigo? No parece que sea de los que sientan cabeza -bajó la mirada-. Si te estas echando atrás...

-No - exclamó convencido-. Solo quiero que tú estés segura cuando des el paso. Quiero que te des cuenta de que hay más hombres, algunos pueden gustarte de verdad.

Isabella negó con la cabeza.

-Tú me gustas -se sonrojó al escucharse-. Quiero decir que, bueno, si no quieres, solo tienes que decírmelo, o podemos dejar por escrito que después de un año podemos anular el matrimonio y seguir con nuestras vidas.

-Es una buena opción -le respondió Peter para dejarle la puerta abierta a una posible ruptura que no quería que ocurriera-. No quiero obligarte a nada, ni tienes que perder nada para quedarte con los niños.

-Le diré a mi abogado que añada esa cláusula -aceptó Isabella ligeramente decepcionada.

Había empezado a ver demasiado real la posibilidad de compartir la vida con Peter y había empezado a ilusionarse con ello. Pero debía recordarse que era algo temporal, hasta que pudiera obtener la custodia de los niños... y después.... ¿Después?

Empezó a agobiarse ¿Qué haría después? ¿Volver a Roma? Negó con la cabeza. No podía pensar en ello, no iba a hacerlo. Sabía que debía vivir el presente. Quizá mañana la atropellara un coche y todo el tiempo que había pasado pensando en el mañana no hubiera servido de nada. Dios proveería, pensó antes de volver al comedor a atender a los comensales.



El lunes, poco después de las siete, los tres amigos estaban sentados a la mesa redonda que tenían en la buhardilla de la enorme casa familiar de Peter. Estaban preparados para su partida semanal de póker, con las cartas sobre la mesa y con una cerveza en la mano.

Era una tradición que mantenían desde hacía muchísimo tiempo y que les servía de distracción y de desahogo. Estuvieran con quien estuvieran en pareja, tuvieran los problemas que tuvieran, los lunes, que era cuando Peter cerraba la pizzería, se reunían en torno a la mesa redonda para echar unas partidas y beber cerveza.

-¿De verdad? -le preguntó sorprendido Dexter a Peter después de haber escuchado como les contaba a él y a Cameron Lawrence la historia de su futuro matrimonio.

Cameron negó con la cabeza incrédulo y pesimista.

-Pues espero que tú tengas más suerte que yo -le dijo sincero a su amigo-. Para mí las mujeres

son lo peor.

-No todas son como Page -le consoló con afecto Peter sabiendo lo mal que lo estaba pasando con su divorcio.

Cameron se encogió de hombros. Sus ojos azules volvieron a oscurecerse recordando las numerosas infidelidades de su exesposa. Sus discusiones, sus amenazas...

-No pienso volver a pasar por ello -les aseguró malhumorado como solía estar desde que había regresado a Edentown.

-Yo sigo pensando que para qué conformarse con una pudiendo elegir entre todas -sonrió Dexter presuntuoso mientras barajaba las cartas del póker.

-Lo tuyo es exagerado -le dijo Cameron- ¿Con quién estás ahora?

-Un día tendrás que sentar cabeza -le comentó Peter a su amigo de toda la vida.

-Pues no lo sé, pero mientras tanto, disfrutaré todo lo que pueda -les sonrió levantando su cerveza a modo de brindis-. Por Peter y su inminente boda.

Los tres amigos brindaron con complicidad.

-¿Y tus padres? ¿Cómo se lo han tomado?

-Después de la sorpresa inicial me han dado su bendición - les explicó cogiendo las cartas que Dexter había repartido-. Vendrán en unos días.

-¿Y dónde está la afortunada? -preguntó Cameron.

-Duerme en el Eden's Star. En cuanto tenga la casa preparada nos mudaremos allí.

El juego se alargó hasta recién entrada la madrugada, que era cuando solían acordarse de que el martes, todos trabajaban.



Al día siguiente, Isabella sentía que todo le daba vueltas. Después de cerrar la pizzería al medio día, habían ido a comprar muebles para la casa. Peter no le había dejado pagar nada, pese a ser ella la que daba el visto bueno final a todo lo que compraban. Ella podría haberse conformado con la mitad de los muebles e ir poco a poco decorando la casa, pero Peter había insistido en comprar todo ya, y parecía que disfrutaba.

Marco y Sofía habían preferido quedarse jugando con los hijos de Keith y Megan, y parecían tan emocionados como él pensando en vivir juntos en su nueva casa. Todos sentían el amargo recuerdo del fallecimiento de la persona que los había unido, pero el paso del tiempo y las nuevas ilusiones habían mitigado el dolor.

-¿Estás bien? -le preguntó Peter mientras paseaban por la calle después de tanta compra-. Te noto cansada o distraída...

Isabella negó con la cabeza.

-Un poco abrumada con todo esto. Va todo muy rápido.

-¿Quieres ir más despacio? Pensé que querías salir pronto del hotel y que estarías más cómoda en casa...

-Sí, lo sé...

Isabella suspiró. Había pensado que llegaría, firmarían los papeles del matrimonio, se los enviaría al abogado y todo acabaría. No había tenido en cuenta los días que pasarían entre una cosa y otra, la posibilidad de vivir juntos, qué sucedería después, y todo eso la agobiaba un poco. Por no pensar en lo que le había cambiado la vida a Peter.

-¿Peter? ¿Peter Muldoon? -preguntó una voz femenina a sus espaldas.

Peter se giró al oír su nombre.

-¿Shelby? ¿Shelby Payne? -sonrió a la bonita mujer de cabello castaño y ojos verdes- ¿Qué haces por aquí? -la abrazó con cariño-. Me enteré de lo de tu padre, lo siento.

-Gracias -asintió ella con tristeza-. Por eso he venido... tenía algunos documentos que firmar...

-¿Estás bien? -le preguntó compasivo.

Shelby se encogió de hombros mientras sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas.

-Bueno... he pasado por momentos mejores... lo mismo llamo a tu hermana.

-Claro, le encantará verte.

-¿Sigue trabajando en la biblioteca?

Peter asintió mientras notaba como Isabella se había alejado de ellos dejándoles espacio. La cogió de la mano.

-Shelby, esta es Isabella, mi futura esposa -le presentó con una sonrisa.

Las dos mujeres se miraron de arriba abajo sin poder evitarlo. Shelby sentía curiosidad por la mujer que se quedaba con el hombre más agradable y protector que ella había conocido nunca. Era el hermano mayor de su amiga y siempre las estaba cuidando y vigilando, tarea nada fácil con Jane.

Isabella miró a la que podría haberse convertido en la pareja de Peter si ella no hubiera estado en medio. Le parecía bonita y agradable y la culpabilidad volvió a instalarse en ella.

Las dos mujeres forzaron una sonrisa respetuosa de la que Peter no se dio cuenta.

-¿Sigues viviendo en Nueva York? Supe que te casaste y tuviste un hijo.

-Sí... -le respondió Shelby entornando los ojos-. Me casé... y tengo un hijo, Scott... -para qué entrar en detalles de su pésimo matrimonio y del caos que reinaba en su vida, pensó...-. Me alegro de verte. Enhorabuena por la boda.

-Gracias -le sonrió Peter afectuoso-. Yo también me alegro de verte. Cuidate.

Peter e Isabella volvieron a pasear en un silencio incómodo.

-¿Esto va a pasar siempre? -le preguntó Peter cogiéndola de la mano.

Isabella se estremeció ante su contacto.

-¿A qué te refieres?

-Shelby es amiga de mi hermana. Fueron juntas al colegio y al instituto. Creo que nos besamos hace tiempo, pero forma parte de mi pasado -le explicó paciente-. Ha habido más mujeres en mi vida, y ninguna ha sido nada serio. Eso te lo puede decir cualquiera.

Isabella asintió. Ya suponía que él tenía un pasado. Y siendo tan guapo como era, cómo no tenerlo. Pero eso no le quitaba la sensación de haberle impuesto la boda por obligación trastocando su vida.

Peter la hizo pararse y se puso frente a ella. Buscó su mirada. Isabella trataba de rehuirla, hasta que finalmente levantó la cabeza para mirarle con el ceño fruncido por la preocupación.

-Isabella, hago esto porque quiero -y porque eres preciosa, pensó-. No quiero que te preocupes por nada, de verdad -¿estaría bien acostarse con la hermana de tu mejor amigo?

-Pero... -Isabella fue a replicar, pero Peter le puso el dedo en el labio.

Isabella aguantó la respiración. Peter hubiera deseado silenciarla con un beso.

-No quiero que vuelvas a tener dudas -le dijo serio-. En cuanto vengán mis padres iremos a firmar los papeles que ya están preparando para formalizar nuestro matrimonio ¿vale? Lo único que tienes que pensar es que has dado un hogar y una familia a los niños.

Isabella asintió volviendo a bajar la mirada. Claro que se alegraba por los niños, pero ahora que parecía que estaba a salvo no podía evitar pensar en ella y en el resto de su vida. Y no le gustaba nada lo confundida e irritable que se sentía cuando no recibía el beso cada vez que parecía que Peter había estado a punto de darle.



Un par de días después, Megan llevó a la pizzería las llaves de su nueva casa y los últimos papeles para su firma. Peter sonrió contento. Le hacía mucha ilusión. Se las metió en el bolsillo mientras Isabella atendía las mesas. Parecía que llevara haciéndolo toda la vida. Además, el acento italiano daba incluso más credibilidad a su pizzería. Le gustaba verla moverse entre las mesas con su sonrisa fácil y su amabilidad recibiendo a los clientes.

Cuando salieron después del turno de comidas la cogió de la mano para llevarla hasta el que sería su futuro hogar. Isabella ya se había acostumbrado a pasear de la mano con él. Era un gesto que él siempre tenía y con el que ella se sentía protegida y a gusto.

-¿Volvemos a ver la casa? -le preguntó ella cuando llegaron frente al jardín.

-Sí -le sonrió subiendo las escaleras del porche con ella.

Metió la llave en la cerradura.

-Hay una tradición..

Sin darle opción a nada la cogió en brazos y abrió la puerta cruzando el umbral con una Isabella sorprendida y avergonzada.

Nada más entrar la volvió a dejar en el suelo. Había notado su incomodidad y no quería presionarla, así que decidió alejar de su mente la idea de besarla, y optó por distraerse mirando la estancia.

Isabella solo lo miraba a él. Ella conocía la tradición, el novio entrando en brazos a la novia al futuro hogar. El gesto le sorprendió y le enterneció por partes iguales, pero Peter había dejado de mirarla y le había vuelto a coger la mano.

-¿Has pensado los colores que quieres?

-¿Qué?

-Los colores que quieres. Deberíamos pintar cuando antes -la llevó hasta la cocina-. En invierno tarda un poco más en secarse la pintura. Había pensado en llamar a Dexter y a Cameron para pintarla el próximo lunes.

-El lunes -repitió Isabella.

-Sí, porque es el descanso semanal de la pizzería. También se lo podemos decir a Keith, Nick y Jared, que no tienen que cerrar ningún negocio para venir. Los muebles los podrían traer para el jueves y así el fin de semana podríamos estar instalados.

Isabella asintió. Parecía que Peter lo tenía todo controlado y pensado, y aunque a una parte de ella le costaba acatar las ideas de otros, comprendía que hablaba desde la lógica y la mejor opción.

Peter recibió una llamada al teléfono. Isabella aprovechó para recorrer sola la planta baja.

-Genial -le dijo Peter nada más colgar-. Los niños empiezan el cole el lunes. Lo tienen ya todo ¿verdad?

Isabella asintió recordando la lista de materiales que les habían dado al rellenar la solicitud de admisión.

-Te gusta tenerlo todo controlado ¿cierto? -le preguntó contrariada.

Peter se encogió de hombros.

-¿A qué te refieres?

-Te estás encargando de todo, la casa, los muebles, el colegio... no te he visto una mala cara, un enfado... -le explicó ligeramente molesta.

-¿Por qué voy a enfadarme? -le preguntó extrañado.

-No me conoces. No sabes cómo soy -le argumentó incómoda-. Te he cambiado la vida ¡y todo te parece bien!

Peter se encogió de hombros.

-No soy un santo, si eso te preocupa -le respondió tranquilo-. No suelo enfadarme, cualquiera que me conozca te lo puede decir... Pero no soy tonto, Isabella. No me dejo manipular si eso es lo que te preocupa-le dijo serio-. Si tú no coges las riendas, las tendré que coger yo. Te estoy dando tiempo porque creo que ha debido ser muy duro dejar toda tu vida y venir hasta aquí...

-No tenía vida... -comentó pensativa Isabella -. Me estaba planteando qué hacer con ella cuando todo ocurrió.

-Pues esta es tu vida ahora, Isabella, o coges tú las riendas o me obligas a mí a cogerlas, pero no porque sea un santo, sino porque soy responsable y alguien tiene que hacerlo.

-¿Me estás llamando irresponsable?

-No -le respondió serio-. Te estoy diciendo que estamos juntos en esto -se le acercó-. Juntos, Isabella. Y me da igual el motivo. Rafaello. Los niños. No me importa. Tómate el tiempo que necesites para reaccionar, recuperarte o que se te pase el enfado. Donde tú no llegues, llegaré yo...y donde yo no llegue, espero que tú lo hagas.

Isabella escuchó su discurso en silencio. Supuso que tenía razón. No lo había visto tan serio antes. Estaba tan guapo, tan seguro, tan atractivo. Se ruborizó por el camino que estaban tomando sus pensamientos. ¿De qué estaban hablando?

-Ahora estás trabajando en la pizzería, a mí me estás haciendo un favor, pero si quieres buscar otro trabajo o no hacer nada, es tu decisión y depende de ti. Hay que coger la vida como llega, Isabella, deja de darle vueltas o de esperar que el tiempo pase. Plántate cómo quieres vivir y hazlo.

Peter la estaba mirando serio y bastante molesto. ¿Lo acusaba de coger las riendas? Él estaba acostumbrado a hacerlo. Era lo que siempre había hecho. Era responsable y le gustaba serlo. Y le gustaba sentirse firme y ser un apoyo para la gente que le rodeaba. Había explorado la libertad en su viaje por Europa, pero siempre había tenido claro que volvería a Edentown. Sus padres los habían educado a su hermana y a él para ser personas comprometidas y de valor para la comunidad en la que vivían, como lo eran ellos, y no había tenido ninguna duda en seguir sus pasos.

Isabella lo miraba en silencio. Peter no era capaz de descifrar su expresión.

-¿Ha quedado claro?

Isabella asintió en silencio. No había podido dejar de mirarlo. La estaba invitando a coger las riendas de su vida. Era cierto que nada más llegar y saber que podría quedarse con los niños, se había relajado, se había dejado llevar, pero en sus planes no entraba sentirse atraída por él. No sabía cómo incluir esa posibilidad en su nueva vida, o cómo hacérselo saber.

Peter siguió explorando las posibilidades de la casa sin concentrarse. Su mente y su cuerpo solo pensaban en cogerla entre los brazos y besarla. Estaban solos, eran adultos, iban a casarse... Resopló. La deseaba. Isabella le gustaba como ninguna mujer antes. Se sentía atraído por sus ojos verdes, su bonita boca, incluso por su ceño fruncido. Volvió a resoplar pasándose la mano por la mandíbula. Necesitaba una ducha de agua fría.



Peter abrió los ojos en la cama de su nueva habitación cuando escuchó gritos en italiano. Miró la hora del reloj de su mesilla. Le gustaba dormir hasta tarde porque era el último en salir de la

pizzería por las noches. Las siete y media de la mañana era demasiado temprano. Solo se despertaba a esas horas los lunes por la mañana que era cuando aprovechaba para ir en bicicleta.

Miró a su alrededor satisfecho. La primera noche en su nueva casa. Hubiera sido mejor inaugurarla con Isabella junto a él... o debajo de él... o encima de él... Se pasó la mano por la cara para quitarse esos pensamientos. Era la hermana de su amigo y la estaba ayudando, se recordó. Había tenido que agarrarse a esa idea para dejar de pensar en ella como estaba pensando últimamente.

Nada más conocerla había pensado en enamorarla, en convencerla de que podían entenderse como pareja, pero viendo sus dudas, se había rendido. No le parecía justo para ella. Si Isabella quería irse de allí cuando consiguiera la custodia estaría en su pleno derecho y él no quería obligarla a nada.

Se incorporó al oír a Marco cantar entusiasmado. También era el primer día del cole para los niños, y de ahí la algarabía que estaba escuchando en ese momento en la planta de abajo.

Decidió compartir el momento con ellos. Los niños estarían nerviosos. A él siempre le había gustado el colegio y recordaba los nervios del primer día. Si a eso le unías nueva escuela y nuevos compañeros, era fácil comprender tanto jaleo.

-Desayunad todo -les estaba diciendo energética Isabella-. Voy a vestirme y ahora vuelvo.

Se giró rápida y se dio de bruces con un musculoso pecho desnudo. Peter la sujetó por los brazos para que no perdiera el equilibrio.

Isabella se sonrojó y le miró a los ojos. Peter no la soltó. No quería soltarla. Estaba preciosa con el cabello revuelto y el tirante de su camisón resbalando por el hombro.

-No te vi -le explicó ella bajando la mirada y esquivándolo para salir rápida.

Peter asintió siguiéndole con la mirada. Quizá debería tener una conversación con ella en plan eres la hermana de mi amigo, pero estoy deseando llevarte a mi cama... o no, se recordó. Quizá por eso mismo no debería ni planteárselo. A fin de cuentas, él también había sido muy protector con su hermana.

Se sentó con los niños para asegurarse de que desayunaban.

Isabella llegó a su dormitorio tratando de no pensar en lo que había visto. Si le había parecido atractivo en cuanto lo conoció, ahora le parecía arrebatador. ¿Cómo se podía estar tan bien y seguir soltero? Con lo fácil que hubiera sido que fuera un hombre normal, o que solo hubiera firmado los papeles y... y... ¿qué? ¿Qué hubiera hecho ella con su vida si se hubiera limitado a solo firmar? Le debía mucho, así que más valía que se quitara cualquier idea extraña de la cabeza. Por mucho que tuviera un cuerpo que parecía esculpido por Buonarrotti.

Poco después, Isabella volvió a bajar ya preparada para llevar a los niños al cole, cuando la imagen de la cocina la llevó de nuevo a los pensamientos que deseaba evitar.

Peter estaba sentado junto a los niños hablando con ellos divertido mientras terminaban sus desayunos. El olor a café estaba empezando a impregnar la cocina. ¡¡Ayyy!! Parecían de verdad una familia, pero no lo eran, se lamentó.

-Perdona si te hemos despertado -le dijo más seria, tratando de no mirarlo a los ojos.

Peter se encogió de hombros.

-Puedo llevarlos yo en coche.

Los niños asintieron divertidos y nerviosos.

-No -les respondió ella con los brazos en jarras-. Vamos andando que así movemos las piernas.

-Pero hace frío, tía -se quejó Marco.

-Pues andaremos más rápido -les dijo firme-. Venga, poneos los abrigos.

Peter se levantó para preparar las dos tazas de café, y le tendió una a ella después de echar un

poco de leche y dos cucharadas de azúcar.

Ella lo miró boquiabierta cogiéndola. Sabía cómo tomaba el café. Se había fijado. Bueno, siendo tan atento no le tenía por qué extrañar. Tan respetuoso... ¿y si alguna vez dejaba de serlo y la sentaba sobre esa misma encimera en la que estaba apoyado, la besaba hasta dejarla sin aliento y le abría las piernas para...?

-Si te parece, claro -le dijo él.

-¿Qué? -no le había oído ni una sola palabra. Se sonrojó sin poder evitarlo.

Peter la miró extrañado, por la mirada de ella y porque no le hubiera entendido.

-Te decía que puedes cogerlos tú antes de comer para llevarlos a la pizzería y empezar entonces tu turno.

-Ah, sí -respondió antes de dar un trago al café. Necesitaba despejarse, pensó antes de salir por la puerta con los niños.

Esos pensamientos tan calenturientos con Peter la habían cogido por sorpresa, así que el aire frío seguro que le venía bien. Empezó a andar con los niños de la mano hacia el colegio y se distrajo escuchando la conversación en italiano que llevaban entre ellos.



Después de acompañarlos ante la puerta de su clase y asegurarse de que se quedaban tranquilos, salió pensativa a la calle.

Esa iba a ser su vida, ahora. Pensó en llamar al abogado, pero por el cambio horario no le parecía lo más correcto. Estaba trabajando en la pizzería. Se sentía cómoda, pero cuando volviera la camarera en un par de días, tendría que buscarse otro trabajo. Solo sería por un tiempo, se obligó a pensar. Cuando la familia de Antonella dejara de insistir ellos podrían replantearse de nuevo qué hacer.

Vio a Jane abriendo la biblioteca donde trabajaba. Le parecía la mujer más guapa que había visto nunca. Tan rubia, tan delgada, con tanto estilo.

Jane se giró y la vio en la acera de enfrente. La saludó con la mano invitándola a cruzar. Isabella no vio escapatoria y se acercó.

-¿Qué tal se han quedado los niños en el colegio?

-Bien -le respondió incómoda.

-No les costará hacer amigos.

-Supongo que no.

-¿Tú qué tal estás?

-Bien.

Jane asintió. No parecía que Isabella tuviera muchas ganas de hablar.

-¿He dicho algo que te molestara en algún momento? -le preguntó directa como siempre.

-¿Qué? ¡No! -se sonrojó.

-A veces no me doy cuenta de lo que digo, así que no me hagas caso si alguna vez te ofendo. No será mi intención. Hacía tiempo que no veía a mi hermano tan... tan... no sé... tan feliz -le dijo-, así que, gracias.

-Yo no tengo nada que ver.

Jane se rio.

-Tú tienes todo que ver -le sonrió-. Mis padres vendrán en unos días. Tendrán ganas de conoceros, a ti y a Jared. Aún no le conocen.

Isabella asintió.

-Creía que ya lo conocían.

-No, se fueron de viaje pocos días antes de que él llegara a Edentown, y la verdad, empezamos enseguida a vivir juntos -se encogió de hombros-. ¿Para qué esperar? Ya pasábamos las noches juntos y la mayor parte de los días... Somos adultos ¿o no?

Isabella asintió. Exacto, eran adultos. Como Peter y ella. Era lógico que ella pensara en Peter como últimamente lo estaba haciendo. Eran adultos... y Peter era muy atractivo. Eran adultos se repitió, y ella estaba empezando a sentirse ligeramente frustrada por sus deseos no satisfechos. ¿Qué tenía de malo un beso? ¿O dos? ¿O algo más?

-Por cierto, tengo que hablar con mi hermano... ¿En el traslado has visto los cuadros que tiene pintados por él?

-No me he fijado -le respondió Isabella distraída-. Sé que subió unas cajas llenas de lienzos a la buhardilla, pero no sabría decirte.

Jane asintió pensativa con los ojos entrecerrados.

-Hay un grupo de mujeres que quieren aprender a pintar... He pensado en Peter. Él estudió bellas artes... pondrá mil excusas para negarse, pero podrías convencerle.

-¿Quién? ¿Yo? -preguntó Isabella sorprendida.

-Sí, claro que sí... por lo menos coméntaselo -le pidió Jane con una sonrisa-. No suelo aceptar un «no» como respuesta, y así ya estará preparado cuando yo se lo proponga.

Isabella asintió divertida. Eso era seguridad y determinación, reconoció. Quizá ella debería practicar esas cualidades un poco más. Siguió su camino de vuelta a casa.



Cuando Isabella llegó poco después, no vio a Peter en la ordenada cocina. Recordó cómo la había dejado. No estaba bien que la hubiera recogido él solo. Resopló. Tendría que ponerse las pilas y no ser tan desordenada. Dejó el abrigo y el bolso sobre una de las sillas. El orden no era algo que la caracterizaba, y Peter parecía todo lo contrario. Pensativa, subió hasta el piso de arriba. Tenía la mañana libre hasta que volviera a por los niños y los llevara a la pizzería para empezar su turno.

Distraída entró en el cuarto de baño y se quedó parada en la puerta. Peter estaba de espaldas a ella, duchándose. Lo miró descaradamente de arriba abajo. Su musculosa espalda, su estrecha cadera, sus largas y firmes piernas. No tenía ninguna duda. Buonarrotti se había inspirado en él para crear su «David».

En ese momento le sonó escandalosamente el móvil que llevaba en la mano. Peter giró la cabeza y la vio en la puerta segundos antes de que ella la cerrara y cogiera la llamada.

¿Le había estado mirando? Se preguntó extrañado. No la había oído entrar. Terminó de quitarse el jabón que le quedaba y se secó rápido. Quizá deberían poner horarios para la ducha. No quería incomodarla, ni que ella se encontrara en la misma posición que él había estado. Más que nada porque no sabría cómo sería capaz de reaccionar si la veía desnuda... bajo el agua... ahogó un gemido... Sería demasiada tortura.

Se visitó rápido y fue a buscarla. La encontró sentada en el salón hablando en italiano por teléfono.

-¿Algo importante? -le preguntó cuando colgó.

-Me han pedido los papeles del matrimonio firmados, y que se los enviemos por email cuanto antes -le explicó evitando mirarle a la cara.

Peter notó su vergüenza incómoda. No quería hacerle pasar un mal rato.

-Hablaré con el abogado. Me hubiera gustado que estuvieran mis padres para la firma. Sé que es algo simbólico...pero no deja de ser mi boda -le dijo con una media sonrisa-. Esta tarde podríamos ir a comprarnos unas alianzas.

Isabella asintió encogiéndose de hombros.

-No sé cómo serán los trámites, ni cuanto más insistirán los familiares de Antonella... en cuanto todo esté tranquilo, nos podemos divorciar.

Peter la miró extrañado. El divorcio era algo que no se quería plantear, pero comprendía que ella no quisiera quedarse allí, en un país extranjero tan lejos de los suyos. Eso le recordó el momento incómodo de la ducha.

-Escucha, Isabella, he pensado que podíamos ponernos unos turnos para el cuarto de baño o, no sé, colgar un pañuelo en la manivela cuando estemos dentro -le sugirió incómodo.

Isabella se sonrojó avergonzada de que la hubiera descubierto mirándole.

-Disculpa... es que... -¿Qué le podía decir? ¿Qué le había gustado tanto lo que veía que no quería salir?

-No, no pasa nada, pero reconozco que puede ser incómodo -le respondió. Sobre todo, para él, que no sabría cómo reaccionaría si se la encontraba desnuda en la ducha... Deja de pensar en eso, se recordó.

Isabella asintió. No esperaba que fuera tan pudoroso.

-Esta es tu última noche en la pizzería -le comentó Peter yendo a la cocina a servirse otro café - Han llamado de la gestoría. Mandy vuelve mañana a trabajar.

Isabella asintió frustrada. Tenía que buscar otro trabajo. Le había gustado estar trabajando allí. Se había sentido como en casa, literalmente.

-¿No sabrás de alguien que necesite una camarera? -le preguntó desde la puerta.

-¿Te ha gustado trabajar allí?

Peter no quería que ella sintiera que se aprovechaba de ella, o que la obligaba a trabajar. Si ella quería quedarse en casa o cuidar a los niños le parecía bien. Su madre siempre había estado en casa cuando Jane y él volvían del colegio, y era algo que, como niño, siempre le había gustado.

-Lo cierto es que sí -le sonrió ella-, pero ya encontraré otra cosa.

No quería que se sintiera obligado a contratarla o a darle trabajo por ser la hermana de su amigo o por sentir lástima por su situación.

Peter asintió. Le había gustado trabajar a su lado, escucharla hablando firme con los niños cuando se negaban a comer o a lavarse las manos, incluso cuando hasta a él le decía que se pusiera el abrigo... pero ella debía decidir qué es lo que quería hacer.



A mitad de tarde, Isabella aprovechó que Peter no había vuelto de la pizzería y subió a la buhardilla para buscar los cuadros de los que le había hablado Jane, mientras los niños veían la televisión en el salón una vez hechos los deberes.

Encontró varias cajas con lienzos en su interior y se arrodilló para poder mirarlos sin prisa.

Algunos estaban a medio pintar, pero los que tenía cuidadosamente envueltos estaban firmados por él. Se emocionó recordando a su hermano mientras admiraba los lienzos tan bellamente pintados. Fue pasando uno a uno. Paisajes que reconocía de Italia, otros desconocidos, flores coloridas, bodegones... ¿Por qué lo había dejado?

Peter la observaba desde la puerta. Estaba tan bonita allí concentrada. Con uno de sus vestidos floreados que le marcaban discretamente la curvilínea figura. No pensaba encontrársela en la

buhardilla. Tensó la mandíbula. Él también recordaba a Raffaello cuando miraba los cuadros. Pero la vida seguía. Se le acercó en silencio y se quedó de pie junto a ella.

-Hacía mucho tiempo que no los sacaba -le confesó metiendo las manos en los bolsillos. Así era más fácil no caer en la tentación de rozarle accidentalmente un brazo, o cogerla de la mano o tumbarla en el suelo y... suspiró.

-¿Por qué dejaste de pintar?

Peter se encogió de hombros.

-Poco después de venir de Italia, empecé con la pizzería -le explicó -. El poco tiempo libre que tenía lo dedicaba a cocinar, probar nuevas recetas o a estudiar sistemas de negocio, así que simplemente lo fui dejando. Nunca sería tan bueno como tu hermano, así que no me importó dejar los pinceles.

-Creo que Jane quiere proponerte algo al respecto -le comentó Isabella distraída.

-¿Jane? ¿Qué te ha dicho? -le preguntó extrañado.

-Que no aceptaría un «no» como respuesta -le sonrió-. Algo sobre unas mujeres que querían aprender a pintar.

-Pues no tengo tiempo -le dijo Peter empezando a envolver de nuevo los cuadros que ella había sacado.

-Cierras los lunes -le recordó Isabella levantándose del suelo.

-¿De parte de quién estás?

Isabella se sonrojó.

-Tuya, por supuesto -le respondió-. No sabía que hubiera que tomar partido.

Peter negó con la cabeza.

-Con Jane siempre hay que tomar partido -le explicó-. No me imagino pintando de nuevo.

-¿Por qué no?

-Era una afición que dejé...

-¿Y por qué no lo retomas?

-¿Seguro que estás de mi parte?

-Sí, claro -se disculpó sin soltar el cuadro que llevaba en la mano-. ¿Por qué no ponemos este en el salón?

Era un precioso y colorido paisaje de la Toscana. Le recordaba a su casa, al hogar, al sol y a la alegría de su tierra.

Peter se acercó a ella, hombro con hombro, para mirarlo. Isabella se estremeció ante su cercanía. Aguantó la respiración sin darse cuenta. Cada día le parecía más guapo, más atractivo... Peter cogió el cuadro con sus manos rozando las de Isabella. Ella no retiró las manos. Sentía el calor de su ligero contacto. Alzó la mirada para contemplar su rostro de cerca, su cuidada barba, sus delineados labios...

-Bueno... no sé... -le respondió Peter encogiéndose de hombros y soltando el cuadro para alejarse de ella-. Haz lo que quieras.

No podía seguir a su lado. No cuando ella olía tan bien, no cuando le miraba con sus preciosos ojos verdes. Necesitaba una ducha fría y centrarse en... en ... en cualquier otra cosa que no fuera Isabella o su matrimonio con ella.



Albert y Maggie Muldoon miraban orgullosos a sus hijos en la cocina de su casa.

Albert, atlético y alto como su hijo, y Maggie, elegante y preciosa como su hija, habían vuelto

satisfechos y relajados de un crucero de cuatro meses por el mediterráneo, para encontrarse su enorme casa deshabitada.

-Parece mentira -les dijo Maggie con una sonrisa a sus hijos que habían ido a recibirlos-. Nos despedimos de vosotros en casa, y a la vuelta ya no estáis ninguno... Nunca me lo hubiera imaginado... Pero me alegro mucho por vosotros.

Albert sonreía tranquilo. Sus hijos eran muy responsables con las decisiones que tomaban, y confiaba plenamente en ellos.

-Tengo ganas de que llegue la cena de esta noche para conocerlos -les dijo Maggie cortando en porciones la tarta que Jane había llevado para celebrar su vuelta-. Pero igualmente cuento con que los domingos comamos juntos en casa.

Peter y Jane asintieron con una sonrisa. A su madre le encantaban las reuniones familiares.

-Y además de la barba que se ha dejado Peter, te sienta bien, cariño, vuestras relaciones, y de tu nuevo puesto como concejala de cultura -sonrió a Jane- ¿Ha habido más cambios en Edentown?

-Shelby Payne ¿la recuerdas? Iba conmigo a clase -le comentó Jane-. Su padre falleció.

-Vaya... era una chica encantadora, supongo que seguirá igual... se casó con un abogado, creo... Jane asintió.

-Pero contarnos qué tal vuestro viaje -insistió Peter mirando orgulloso a sus padres.

Aspiraba a ser por lo menos la mitad de bueno y responsable que eran ellos.

-Tenías razón con Italia, hijo -le sonrió su madre- ¡Qué bonito país! ¡Y su gastronomía, excelente! ¿Qué tal lleva Isabella lo de su hermano?

Peter se encogió de hombros.

-Bueno, supongo que perder a un hermano tarda en superarse, pero está bien. Los niños la mantienen distraída... Mañana por la mañana hemos quedado con el alcalde. Tenemos que firmar en el registro.

-Qué manera más fría de decirlo, cariño -le comentó su madre acariciándole la mejilla-. No es la boda que hubiera imaginado para ti. La mujer, desde luego, será la que elijas, pero ¿qué tenía de malo una celebración? ¿Una tarta? ¿Un vestido blanco?

-Las circunstancias son las que son, mamá -le explicó Peter-. Necesitamos tener los papeles firmados cuanto antes. Lo pude retrasar hasta mañana por si queríais acompañarnos, pero los niños estarán en el colegio y acto seguido yo me iré a la pizzería.

Además, no quería obligar a Isabella a hacer nada que no quisiera. Ella quería firmar y pasar página, y era lo que él iba a darle. Una firma y la posibilidad de alejarse cuando quisiera, por mucho más que él estuviera dispuesto a ofrecerte.

Los padres asintieron comprensivos.

-Bueno, eso no impide que dentro de un tiempo organicemos una boda en condiciones ¿no?

Peter se encogió de hombros.

-No sé qué idea tendrá Isabella.

-¿No lo habéis hablado?

-No es fácil -insistió Peter-. Supongo que cuando la familia de Antonella deje de insistir con la custodia de los niños nos lo plantearemos de nuevo, pero hasta entonces, nos casaremos y punto.

Albert y Maggie se miraron preocupados.

-Lo importante es que estéis bien los dos y por supuesto los niños-insistió Maggie intuyendo que su hijo sentía por ella algo más que la responsabilidad adquirida.

-Por cierto, Peter -aprovechó Jane la oportunidad de hablar con su hermano delante de más personas y evitar su respuesta negativa-, me gustaría contar contigo para dar unas clases de pintura.

Peter la miró molesto. Si hubieran estado a solas, probablemente le hubiera dicho que no y se hubiera ido sin remordimientos. Con sus padres delante, Peter tendía a ser más respetuoso y comedido.

-No tengo tiempo -le contestó.

-Claro que sí. Los lunes por la tarde. Las mujeres dependen de ti. No hay nadie más que pueda enseñarles lo que tú sabes.

-Pero seguro que hay otros que pueden enseñarles otras cosas -le respondió apurando su taza de café.

-¿Le vas a hacer ese feo a la madre de tu amigo Dexter? Ella quiere aprender a pintar. ¿O a la madre de Gwen, o a Mildred? No esperaba que nos dejaras tiradas.

-No dejo tirada a nadie -le respondió Peter con una mueca-. Búscate a otro, simplemente.

-¿Qué te hace pensar que no lo he hecho antes de decírtelo?

-Porque te conozco, hermanita -le respondió fastidiado sabiendo que estaba empezando a ceder-. Seguro que fui tu primera y única opción.

-Déjate de tonterías. Eres el mejor. Hace mucho que no pintas...

-Porque no soy el mejor.

Albert y Maggie escuchaban atentos la conversación de sus hijos. Sabían de antemano quién iba a salirse con la suya. Peter era muy servicial y a Jane no se le podía sacar una idea de la cabeza hasta que no se hiciera realidad.

-Ni tienes por qué serlo, Peter. Pero tienes mucha paciencia, pintas muy bien, las mujeres te adoran... -insistió Jane manteniendo de manera consciente su chantaje emocional.

-Seguro -bufó ante la sonrisa burlona de su madre.

-Los lunes por la tarde. El ayuntamiento tiene una sala vacía. Solo serán dos horas a la semana. La comunidad te lo agradecerá -le sonrió sabiendo que había ganado.

Peter resopló.

-Mejor me voy. Nos vemos esta noche.

-Empiezas el mes próximo -le sonrió Jane con fingida inocencia mientras oía cómo abría la puerta de la casa.

-Le has acorralado -le advirtió su madre.

-Le vendrá bien retomar los pinceles -le respondió Jane decidida oyendo un ligero portazo.



Peter, Isabella y los niños fueron los primeros en llegar a la cena. Isabella estaba nerviosa. Había preparado unas *biscotti* cubiertas de chocolate, siguiendo una antigua receta familiar para distraerse, pero no había conseguido disminuir sus nervios. Mientras Peter se las daba a sus padres conforme se los presentaba, notaba la sensación de un nudo en su estómago.

-Isabella, es un placer tenerte aquí -le dijo Maggie sincera y amable después de saludar a los niños con cariño.

-Lo cierto es que siento mucho haberle ocasionado a Peter todo este trastorno -se disculpó sincera e incómoda.

Maggie negó con la cabeza.

-Si Peter no hubiera querido casarse contigo habría encontrado otra forma de ayudarte -le aseguró Maggie antes de cogerla del brazo con cariño y llevársela a la cocina-. Sentimos mucho lo de tu hermano. Lo apreciábamos mucho y ya sabes lo que significaba para Peter.

-Lo sé -le respondió Isabella-. Por eso fue la primera opción que pensé. En cuanto consiga la

custodia y pueda, nos divorciaremos y me iré. No tendrá que preocuparse de nada.

Maggie la miró extrañada.

-¿Lo has hablado con Peter?

Isabella se encogió de hombros.

-Más o menos.

Maggie negó con la cabeza.

-No tengas prisa. Siendo o no esposa de Peter, eres bienvenida a esta casa. Tus padres también ayudaron a Peter cuando estuvo en Roma.

Isabella agradeció el gesto.

-¿Estás nerviosa por tu boda?

-Bueno, solo es una firma -le respondió.

-¿El que es solo una firma? -preguntó Jane entrando en la cocina con una botella de vino.

-Mañana por la mañana, en el ayuntamiento -le respondió Isabella.

Jane asintió mientras daba un beso en la mejilla a su madre.

-Pensaba que no se podía ser más fría que yo -le sonrió Jane.

Isabella se sonrojó.

-Jared vendrá enseguida -le explicó a su madre-. No pretendo ofenderte Isabella, pero, aunque sea solo una firma es tu boda. Vas a casarte. Sé que no os habéis conocido en circunstancias normales, pero mi hermano es la mejor persona que vas a conocer en tu vida. Tú tampoco pareces mala. Sois jóvenes, libres. Os podríais dar una oportunidad para que lo vuestro saliera bien.

Isabella no supo qué replicar. Tenía razón. Quizá podían permitirse una oportunidad para que el matrimonio durara más allá de la obtención de la custodia. Quizá debería hablarlo con Peter... Se sonrojó. Estaría así reconociendo que lo encontraba atractivo, que realmente le gustaba, que quería acostarse con él... y no sabía lo que él podía pensar al respecto, porque desde luego no buscaba ningún tipo de acercamiento con ella.

-¿Todo bien? -le preguntó Peter cuando la vio salir a saludar al novio de Jane.

-Sí -le respondió incómoda.

Las cosas hubieran sido diferentes si Peter la hubiera presentado como Jane estaba haciendo con Jared, pensó. Si se hubieran conocido, se hubieran enamorado y después hubieran anunciado la boda. Pero, ya estaba hecho. Ya no había marcha atrás. Dentro de un tiempo quizá ya no quedarán ni los recuerdos de la situación que estaba viviendo.

Marco y Sofia estaban hablando con Albert, el padre de Peter sobre sus clases en el colegio. Albert los escuchaba con una sonrisa, admirando su capacidad de adaptación y la facilidad con la que vivían el momento presente. Maggie los invitó a pasar al comedor para empezar a cenar y la velada transcurrió armónica y tranquila.

Isabella sentía que la trataban como una más y antes del postre, Jared y ella parecían pertenecer a la familia desde hacía muchísimo más tiempo.

Peter e Isabella fueron los primeros en marcharse. Los niños tenían sueño y al día siguiente había que madrugar para ir al colegio. Se durmieron en cuanto apoyaron la cabeza en la almohada.

-¿Te lo has pasado bien en la cena? -le preguntó Peter en el pasillo medio a oscuras cuando Isabella salió de arroparlos y se dirigía a su dormitorio.

Le apetecía estar con ella, hablar con ella, darle la mano... y mucho más, pero ella no parecía tan receptiva. No la comprendía. A veces lo miraba como si fuera el hombre más maravilloso del mundo y otras veces lo evitaba o huía de su presencia con cualquier pretexto.

-Sí -le respondió consciente de la oscuridad del pasillo, de su cercanía, de su tono de voz, de su aroma-. Tu familia es encantadora.

Peter sonrió. La tenía muy cerca, quizá si diera un paso más hacia ella, y ella no huía...

Isabella se tensó cuando Peter se le acercó ligeramente.

-Nos vemos mañana -le dijo azorada, huyendo hacia su habitación y cerrando la puerta tras ella.

Isabella se apoyó en la puerta nada más cerrarla ¿Qué pretendía Peter? ¿La hubiera llegado a besar? Ella no hubiera podido conformarse con un beso. Quizá le hubiera asustado si notaba que quería más, mucho más. Debía dejar de pensar en tonterías. Peter solo le estaba haciendo un favor. Y debía dormirse cuanto antes para estar fresca y relajada al día siguiente.



Isabella estaba nerviosa. Habían dejado a los niños en el colegio y se dirigían en silencio al ayuntamiento donde el alcalde los casaría por medio de un matrimonio civil. No quería darle mayor importancia de la que le había dado él, así que se había puesto un sencillo y cómodo vestido verde de pequeñas florecitas naranjas. El mismo con el que había ido a buscar a Peter a la pizzería cuando llegó a Edentown.

No era la boda de sus sueños, aunque hacía mucho tiempo que había dejado de soñar con su boda. Solo quería firmar los papeles y poder enviárselos escaneados al abogado. Se había levantado triste, recordando el motivo por el que estaba en Edentown. Peter tampoco decía nada. Una parte de ella esperaba que se echara atrás, que se negara a casarse, aunque conociendo lo responsable que era, no lo haría. Otra parte de ella respiraba tranquila y acomodada en su nueva vida carente de sentimientos amorosos o pasión de cualquier tipo. Solo una parte muy pequeñita, o quizá no tanto, deseaba que él se sintiera feliz y afortunado de casarse con ella. Quería que la abrazara orgulloso, que la cogiera en brazos y celebrara esa unión. Suspiró.

Peter iba en silencio. A los vaqueros habituales le había añadido una americana. No quería forzarla a que viera el día como algo especial. No habían hablado nada sobre celebrar la unión de alguna manera concreta. Él sabía que para ella era un mero trámite, una simple firma y la única opción de quedarse con sus sobrinos. Él no había sido capaz de llevarle la contraria. No había podido decirle que era preciosa, que la deseaba, que quería que el matrimonio fuera real. Una parte de él sentía que estaría traicionando su confianza y la memoria de su amigo si se acostaba con su hermana. Pero otra parte le pedía a gritos que lo hiciera y la reclamara como suya. Isabella solo quería de él una firma, se recordó, y eso es lo que tendría, aunque él estuviera más que dispuesto a entregarle toda su vida.

-¿Estás preparada? -le preguntó Peter antes de abrir la puerta del ayuntamiento.

-¿Y tú? -le preguntó ella alarmada. No estaría pensando cambiar de opinión ¿verdad?

-Sí, sí, por supuesto -abrió la puerta, invitándola a entrar.

-Hola Erin -saludó a la joven secretaria que había tras un robusto escritorio de madera, mientras le cogía la mano a Isabella-. Tenemos cita con el alcalde.

Isabella se sintió ligeramente arropada con sus manos unidas. Estaban ahí los dos, con la misma motivación, con la misma decisión tomada.

Erin McNamara, de grandes ojos castaños y cabello rubio les sonrió. Era de la edad de Isabella y la miraba satisfecha.

-No es una cita cualquiera... Es una boda -les dijo sonriente-. En el instituto muchas nos preguntábamos quién sería la afortunada que se llevaría a Peter al altar. Tú estabas demasiado lejos como para entrar en las apuestas, pero me alegró mucho por vosotros.

Peter le sonrió agradecido y miró la hora. Esperaba ver a sus padres por allí pero aún no habían llegado. En ese momento vio entrar por la puerta a Dexter y a Cameron sonrientes, que le

saludaron con un apretón de manos. Peter se sorprendió de verlos con americana.

-No pensabas hacer esto sin nosotros ¿verdad? -le preguntó con una sonrisa radiante Dexter.

-No os esperaba -les dijo sincero y agradecido.

-No vamos a vernos solo en las partidas de póker -le dijo Cameron apretando su mano.

-Isabella, aún estás a tiempo de cambiar de idea -le sugirió Dexter dándole un beso en la mejilla-. Sigo soltero.

Isabella le sonrió, sabiendo que no se lo decía en serio. Cameron, más discreto, también le besó la mejilla.

Keith, la pareja de Megan, y Nick, la pareja de Laurel entraron sonrientes con Mike O'Rourke, el veterinario. Peter, gratamente sorprendido, les agradeció su presencia. Sabía que habían dejado sus trabajos por acompañarlos, y que él no les había insistido que le acompañaran por lo mismo y por el motivo real de la boda. Pero ahí estaban queriendo compartir con él su momento. Era algo que no esperaba pero que le hacía sentirse realmente afortunado por tenerlos tan cerca.

Poco después, los padres de Peter entraron con Jane y Jared, también un poco más arreglados que de costumbre.

-Bueno, creo que se celebra una boda -comentó Albert con una sonrisa amable a Isabella.

Jane sacó el móvil.

-Un momento-les dijo cogiendo el brazo a Isabella mirándola de arriba a abajo-. Necesito cinco minutos... Megan, en naranja. No tardes. Peter, ahora vamos -despachó sin miramientos a su hermano.

-Te espero dentro -le dijo Peter con una media sonrisa viendo que su madre y Laurel se quedaban con Isabella sin intención de seguirle.

Jane sonrió a Erin y se llevó a Isabella a la despejada sala vacía que había nada más entrar al ayuntamiento.

-Aquí serán las clases de pintura -comentó distraída mientras se sacaba el estuche de maquillaje de su bolso-. Te has maquillado poco, Isabella. Suponía que iba a pasar -le guiñó un ojo.

-Bueno, tampoco es una boda normal -se defendió ella mientras Jane le hacía levantar la cabeza para aplicarle sombra de ojos y rímel.

Después del colorete y del pintalabios, Jane asintió convencida. Isabella la miraba sorprendida.

-Estabas guapa, Isabella, solo lo he destacado un poco más -le explicó-. Una no se casa todos los días. Y por si no te habías dado cuenta, tu cuñada es un poco mandona.

Isabella asintió en silencio. Incómoda. Esa boda no era real. Era solo un trámite, se repetía una y otra vez, con un nudo en la garganta.

Maggie le sonrió emocionada mientras se quitaba la pulsera de oro que llevaba en la muñeca.

-Toma, algo viejo. Fue el primer regalo que me hizo Albert cuando éramos novios.

Jane miró a su madre sonriendo y ella se quitó los pendientes que llevaba, de jade engarzados en oro rosa.

-Algo prestado -le sonrió Jane -. Van a juego con tu vestido.

Megan y Laurel entraron por la puerta corriendo y sonrientes. Llevaban un sencillo ramo de flores de color naranja, que armonizaban con las pequeñas flores de su vestido verde.

-Necesitamos algo nuevo y algo azul -les dijo Jane dándole el ramo a una Isabella que era incapaz de articular palabra.

-Toma, mi pulsera de Swaroski tiene piedras azules -respondió Laurel quitándosela de la muñeca.

Megan sacó de su bolso un pasador para el cabello con pequeñas hojas verdes.

-Lo nuevo -se lo dio a Jane-. Acabo de comprárselo a Gwen en la floristería. Hace cosas

preciosas con las flores.

Jane le retiró un mechón de cabello del rostro y se lo sujetó con el pasador.

-Bueno, estamos listas -sonrió Jane guardando el maquillaje.

-Ahora os alcanzamos -le dijo Maggie reteniendo a Isabella a su lado.

Isabella miró con los ojos llenos de lágrimas a la madre de Peter.

-Lo siento -le dijo-. Sé que esto no es lo que querías para tu hijo...

Maggie negó con la cabeza cogiéndola por los hombros.

-Mi hijo ha tomado una decisión y te ha escogido a ti -le respondió-. Nada puede hacerme más feliz.

-Pero no es real.

-Todo lo real que tú quieras que sea -le respondió Maggie-. En el poco tiempo que llevas aquí, has conocido a Peter. Él no hace las cosas sin pensar, Isabella. Sea cual sea la razón, él ha decidido casarse contigo.

-Lo medio obligué.

Maggie le sonrió emocionada.

-Peter solo se deja convencer cuando realmente quiere. Te aseguro que nadie puede obligarle a hacer algo que no quiera... pero no se lo digas a Jane, que siga creyendo que Peter va a ser el profesor de pintura porque ella ha insistido.

Isabella sonrió asintiendo.

Maggie le cogió de la mano para salir de la sala.

-Mira, Isabella, la vida da muchas vueltas. Tú lo sabes mejor que nadie. Siento que las circunstancias que os han unido hayan sido las que han sido, pero hoy es el día de tu boda. Que otro día lo celebráis con un vestido blanco, perfecto. Pero si no es así, haz que el día de hoy sea inolvidable.

Isabella asintió llegando con Maggie hasta el salón de actos.

Peter la miraba serio. Isabella fue hasta él preocupada por su expresión.

El alcalde, un viejo amigo de la familia, comenzó con la ceremonia civil.

Peter no escuchaba nada de lo que decía. Solo tenía ojos para Isabella. Le había entrado una urgencia inesperada por hacerla suya, por convencerla de que esa unión podía ser para siempre. La convivencia era tranquila, los niños ya se habían acostumbrado a Edentown. Podían realmente convertirse en una familia, y ellos podían ser una pareja. Rafaello, como hombre, entendería el deseo que el sentía por su hermana. Como hermano ya arreglarían las cuentas el día que se reencontraran en el más allá. Pero, Isabella iba a ser suya, pensó. En cuerpo y alma. Por lo menos, tenía que intentar convencerla de eso.

Isabella intentaba seguir las palabras del alcalde. Era un señor agradable, de ojos azules y pelo cano. Su tono de voz era cálido, pero ella solo podía sentir la mirada de Peter. Eso le llenaba de dudas. Quizá estaba arrepintiéndose...

Peter la cogió de la mano y se la apretó. Isabella miró al alcalde ¿Qué había dicho? Miró a Peter que le sonreía inseguro. Todos los rodearon dándoles la enhorabuena. Se habían casado. Por fin se habían casado.

-Ya está hecho -le susurró Peter dándole un suave beso en los labios.

Isabella lo miró agradecida. Le debía tanto. No había tenido nadie de su familia allí con ella, pero no se había sentido una extraña, y eso la reconfortaba.

No hubo mayor celebración después. Unos volvieron a sus trabajos, otros a sus casas... Peter pidió a Erin que le enviara por email la documentación firmada cuanto antes, y se encontró con Isabella a solas nada más salir del ayuntamiento.

-Bueno, pues ya está hecho.

-Sí, gracias -le sonrió Isabella.

Peter la miró confundido.

-¿Cuándo vas a dejar de darme las gracias?

Isabella lo miró confundida.

-Creo que nunca. Me lo has dado todo...

-Isabella, tú me lo has dado a mí -le interrumpió él molesto-. En todo caso debería ser yo quien te diera las gracias a ti.

Isabella no supo qué contestar. El silencio fue incómodo. Peter resopló empezando a andar hacia casa. No sabía cómo reconducir las cosas. No sabía cómo hacerle comprender que la quería en su vida porque sí, por ser ella. No por unos niños, no por hacerle un favor.

-¿Estás enfadado? -le preguntó Isabella siguiéndole por detrás sin poder alcanzarlo.

-No... sí... -se giró para mirarla.

Estaba preciosa. No pudo contenerse más. La cogió por la cintura y la besó en los labios. Con pasión, con hambre, con ganas. La obligó con su lengua a abrir la boca, la invadió dejándola sin aire.

A Isabella le temblaban las rodillas. Se dejó llevar, se encendió... siguió su ritmo con la misma hambre... quería más...

Peter la soltó mirándola a los brillantes ojos, a las mejillas sonrojadas, a los labios hinchados.

-Perdona, no sé qué me ha pasado...-se disculpó incómodo y sorprendido por la respuesta-. Nos veremos en casa esta noche.

Isabella asintió sin poder decir nada. La había besado. La había besado. ¡¡Sí!! Y ella había sentido que el suelo temblaba a sus pies. ¿Quizá podría ocurrir algo entre ellos?

Lo vio alejarse hacia la pizzería. Su corazón había empezado a latir con más rapidez. Se notó las mejillas sonrojadas y una sonrisa de oreja a oreja. Quizá las cosas pudieran ser diferentes entre ellos.

Peter trataba de regular su respiración y su pulso mientras caminaba con rapidez, sorprendido. ¿Quizá Isabella también se estuviera planteando algo más en su relación? ¿Quizá estaba dispuesta a formar realmente una pareja? Esas y más preguntas le venía a la mente. El día se le iba a hacer muy largo, porque solo estaba deseando volver a casa y hablar con ella.



Después del día que realmente se le había hecho eterno, Peter vio a Isabella dormida a oscuras en el sofá frente al televisor encendido. Llevaba un ligero camisón que mostraba sin pudor sus contorneadas piernas y realzaba su figura curvilínea. Se sentó a su lado. Le acarició la bonita mejilla, uno de sus brazos... El cuerpo de ella le respondió temblando.

Peter se alejó de ella. Su entrepierna le estaba recordando que ella era su mujer, que era preciosa, que podía ser suya. Resopló apagando la televisión y encendiendo la luz del salón.

-Isabella -le susurró moviéndole el hombro con suavidad.

Isabella se sobresaltó, el tirante resbaló por el brazo mostrando parte de su pecho.

Peter desvió la mirada excitado. Necesitaba quitarse los vaqueros cuanto antes.

-Te has dormido -le dijo.

Isabella asintió somnolienta.

-Te estaba esperando -le explicó.

-¿Ha pasado algo? -le preguntó mientras salían del salón.

-No, ¿por qué?

-Porque me estabas esperando-le respondió Peter.

Isabella asintió adormilada ¿Por qué le había esperado? Le siguió hasta su dormitorio confusa.

Peter la miró extrañado. Estaba adormilada. No era momento de hablar nada serio. Además, él no tenía muchas ganas de dormir. Más bien de todo lo contrario. Su mente calenturienta se había apoderado de él toda la tarde después de su fogoso beso.

-¿Dónde vas?

-Oh... estamos casados... creí que...

-¿Que íbamos a compartir la cama?

Isabella asintió sonrojándose y dando un paso atrás.

-Disculpa... -le dijo avergonzada-. No sé en qué pensaba...-o, mejor dicho, *no pensaba*, se culpabilizó del malentendido.

Fue a salir de la habitación y Peter la cogió con suavidad del brazo para que se quedara en la habitación.

-Isabella soy un hombre -le explicó alejándose unos pasos y quitándose la camisa para dejarla en el respaldo de una silla-. No podría dormir contigo cerca... y creo que este no es el mejor momento para hablar.

Estás adormilada y yo muy excitado, pensó.

Isabella asintió comprendiéndolo, pero sin poder dejar de mirarlo. Su cuerpo delgado, musculoso...

-Sí, perdona, vienes cansado de trabajar...

Peter suspiró pasándose la mano por el rostro.

-No, Isabella -le respondió-. Te deseo tanto que me duele...

Isabella abrió los ojos sorprendida.

-¿Entonces? ¿Dónde está el problema?

Peter lo miró sorprendido.

-¿Quieres acostarte conmigo?

Isabella se sonrojó.

-Dicho así...

Peter se acercó a ella y la cogió de los brazos.

-¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Quieres acostarte conmigo?

Isabella se encogió de hombros sonrojada y visiblemente excitada.

-No sé... pensé que...

Peter se le acercó un poco más mirándola seductor ¿Podía ser cierto lo que le estaba ocurriendo?

-Isabella... -le susurró con ternura- ¿Quieres acostarte conmigo?

Ella lo miró a los ojos. Esa fue su perdición. Él la miraba atractivo, imponente, con esa sonrisa... Sus rodillas empezaron a temblar, su cuerpo buscaba el contacto...

Peter la besó posesivo, agradecido, satisfecho, orgulloso. La llevó hasta la cama sin separarse de ella. No iba a darle la oportunidad de que cambiara de idea. No esa noche. No en ese momento. Con habilidad le quitó el camisón ahogando un gemido ante lo que estaba viendo ¿Se podía ser más preciosa? Sus curvas lo estaban matando. Se deshizo de lo que le quedaba de ropa con rapidez. No tenía tiempo para mucho precalentamiento. No quería darle tiempo a arrepentirse. La necesitaba ya. Cuanto antes. Buscó a tientas algo en su mesilla. Se colocó el preservativo y el cuerpo de ella lo recibió caliente, dispuesto, excitado. Ella gimió, suspiró, arañó, mordió y besó sin poder evitarlo. Llegaron juntos al éxtasis, plenos, saciados...

Peter le besó la frente mientras la abrazaba contra su cuerpo.

-Te prometo que la próxima vez iré más despacio -le aseguró en un susurro-. No quería darte tiempo para que cambiaras de opinión. Además, llevaba tanto tiempo soñando con este momento... -le besó en el hombro.

Isabella sonrió sintiéndose orgullosa y afortunada. Peter la deseaba, ella lo deseaba a él. Había sido maravilloso, y le prometía más... le besó en la mejilla acariciándole el musculoso pecho con cariño.

-Soy el hombre más feliz del mundo, Isabella -le susurró antes de quedarse dormido.

Isabella se refugió entre sus brazos y dejó que el sueño y la felicidad también se apoderaran de ella.



Cuando Peter abrió un ojo vio a Isabella salir de la cama desnuda, tal y como había dormido. Se puso rápida su camisión y vio que él la estaba mirando.

-Los niños tienen colegio -le explicó tímida pasándose una mano por su despeinado cabello.

-Vamos a llevarlos juntos -le propuso risueño guiñándole un ojo, haciéndole recordar lo que había pasado entre ellos y tenía pensado repetir en cuanto pudiera-. Ya es hora de ser una familia de verdad.

Isabella asintió emocionada. Por fin su vida parecía que tomaba forma. Por fin parecía que tuviera algún sentido.

Tomaron el café en la cocina sin dejar de mirarse y sonreír, ajenos a los parloteos de los niños, a sus quejas por no querer fruta para almorzar y a la nieve que había empezado a caer.



Dejaron a los niños en el colegio y pasearon de la mano, sonrientes, enamorados, hasta la pastelería de Carolyn.

-¿Qué tarta quieres probar hoy? -le preguntó Peter con una alegría que nunca había sentido.

Isabella miró las tartas del mostrador.

-¿Una de chocolate?

-¿Yo pido la de avellanas y las compartimos?

Isabella asintió radiante mientras Peter se las pedía a Carolyn junto con los cafés.

Sin soltarse de la mano se sentaron en torno a la mesa que había en el rincón más alejado de la puerta.

-Nunca pensé que pudiera sentirme así -le confesó Peter.

-Yo tampoco -le respondió Isabella risueña.

-Lo cierto es que quise que esto pasara desde que me atropellaste con el coche...

-¿De verdad? -le preguntó incrédula.

Peter asintió.

-No creía en los flechazos hasta que te conocí -le dijo dándole un beso en la mano con cariño.

Isabella se sonrojó. Todas las dudas que había sentido desaparecieron con su beso.

-¿Has pensado ya en qué hacer en cuanto al trabajo? -le preguntó Peter curioso.

Isabella se encogió de hombros. Claro que lo había pensado, pero no sabía qué hacer.

-No te quiero presionar -le dijo Peter-. Cuando yo era niño mi madre siempre estaba en casa cuando volvíamos del colegio y yo reconozco que a mí me gustaba. Pero también entiendo que quieras trabajar. A ver... ahora los niños son pequeños, tenemos la pizzería.... Desde luego que

tienes que decidirlo tú, pero si quieres seguir trabajando allí organizando tus horarios según los horarios de los niños, me parecerá genial. Me gustaría que pensáramos que somos un equipo, Isabella...

Ella le escuchaba atenta asintiendo ¿se podía pedir más? Le parecía perfecto el arreglo. Cuando los niños crecieran podría ampliar su horario, pero ahora sabía que la necesitaban. Su madre también estaba en casa cuando ella salía del colegio y pudiéndoselo permitir, le gustaría que los niños tuvieran también la oportunidad de sentir lo que ella sintió.

-Me parece perfecto -le aseguró sincera.

Peter asintió.

-Volvamos a casa -le sugirió después de haber compartido las exquisitas tartas y acabado el café. Isabella asintió.

-¿Hay algo urgente que hacer? -le preguntó.

La tarde anterior había estado recogiendo las ropas que acostumbraba a dejar sobre la silla por esa costumbre que tenía y que siempre decía que debía cambiar. Y también había podido limpiar el polvo y barrer.

Peter la miró a los ojos sonriendo con picardía.

-Voy a recuperar el tiempo perdido -le susurró al oído.

Isabella se sonrojó y le cogió de la mano para salir de la cafetería cruzándose con Megan en la puerta.

-Hola pareja -les saludó dándose cuenta de la complicidad que manifestaban-. Ya me ha contado Jane que vas a dar clases de pintura los lunes, Peter.

Peter elevó los ojos al cielo con una mueca.

-Eso parece -le respondió.

-Me parece una idea genial.

-Pues no ha sido mía -le respondió con una sonrisa-. Nos vamos, que tengas buen día.

Peter abrazó a Isabella dándole un beso en la cabeza.

-Me gustaría que todo el mundo supiera lo feliz que me siento -le sonrió-. Ahora entiendo por qué se celebran las bodas.

Isabella asintió compartiendo su sentimiento.

-Supongo que nunca pensaste que tu boda fuera como la de ayer.

-Estuve con mi familia y amigos -le sonrió-. Pero podemos repetirla cuando quieras si te quedaste con ganas de invitar a alguien o de vestirse de blanco o algo así.

Isabella negó con la cabeza.

-Supongo que no lo necesito. Mi familia son los niños, ahora tú... realmente no necesito más.

-Bueno, pero nos debemos un viaje de novios -le dijo él-. No suelo viajar mucho porque me gusta estar en la pizzería. En verano además es cuando más trabajo hay, pero unos días en Navidad podemos escaparnos.

Conforme entraban por la puerta de casa, Peter la rodeó con sus brazos y la besó con una sonrisa atractiva. Isabella le rodeó el cuello con los brazos dispuesta a entregarse a él en cuerpo y alma.

Su teléfono sonó. Sería su abogado confirmándole que había recibido el email con la documentación. Se separó de Peter haciendo un gran esfuerzo y lo cogió.

Exacto. Era una llamada de Italia.

-Te espero arriba -le sonrió Peter empezando a subir las escaleras.

Ella asintió con una sonrisa. Cuando contestó la llamada se quedó sin habla.



-¡Peter! ¡Peter! Raffaello está vivo! -exclamó poco después gritando de alegría al entrar al dormitorio.

Peter que la esperaba desnudo en la cama se incorporó extrañado cogiendo el teléfono que le tendía Isabella.

-¿Qué dices? -le preguntó viendo como ella salía de la habitación -¿Quién es?

Peter sintió que se le helaba la sangre y perdía el habla.

-Raffaello ¿eres tú?

-Gracias, Peter -escuchó al otro lado-. Sabía que podía contar contigo.

-Raffaello... ¿Qué pasó?

-Caímos en una isla. Perdí el conocimiento. Ya te lo contaré con más calma... Antonella... murió... estuve en coma... -le explicó con todo el dolor de su corazón-. Me recuperé no saben cómo. Anoche llegué a casa. Me contaron todo lo ocurrido, y aquí estoy.

-Siento lo de Antonella, amigo, pero me alegro de que estés vivo.

Isabella entró en el dormitorio con su maleta y empezó a llenarla con la ropa del armario.

Peter sintió que algo se le rompía por dentro cuando Isabella tan feliz, hacía la maleta para alejarse de él.

-Voy a prepararlo todo y vamos hacia allí en el primer vuelo, de verdad, me alegro muchísimo

-Gracias, Peter, lo sé.

Peter asintió colgando la llamada. Feliz por recuperar a su amigo. Roto por perder a Isabella.

-Oh, Peter, está vivo -exclamó dichosa Isabella-. Es increíble, solo quiero cantar y bailar.

Peter se levantó de la cama contrariado. Sentía que todo se había acabado. Verla tan entusiasmada haciendo la maleta lo había roto por dentro. Se alegró por los niños, se alegró por su amigo, aunque hubiera perdido a su esposa... pero sentía que todo lo que había ocurrido el último mes había sido una cruel broma del destino.

Darle todo para después quitárselo.

-Necesito una ducha -murmuró para alejarse de ella y dejar que el agua arrastrase su dolor.

Isabella lo vio salir de la habitación. Le devolvía la libertad a Peter. Podría hacer de nuevo su vida. Ella... ella... No eran lágrimas de alegría lo que arrasaba sus ojos. Ella volvía a Italia. No tenía sentido quedarse. Acababan de empezar una relación que nunca hubiera empezado si ella no se hubiera presentado allí. No quiso pensar en nada. Se secó las lágrimas que habían empezado a correr por sus mejillas. Terminó de hacer su maleta y fue a la habitación de los niños a recoger su ropa. No sabía a qué hora sería el primer vuelo, pero le daba igual. Solo quería abrazar a su hermano y... luego... nada.



El vuelo a Roma no se hizo excesivamente largo pese a tener que hacer un trasbordo. La ilusión se había apoderado de ellos haciendo que olvidaran todo lo demás.

Vieron a Raffaello con muletas esperando en el bullicioso aeropuerto junto a una persona con uniforme oscuro. Todos corrieron hacia él para abrazarlo con lágrimas en los ojos.

Más delgado, demacrado y encorvado que como lo recordaban, el joven artista de cabello oscuro los esperaba emocionado con su asistente al lado.

Peter se separó unos segundos para dejarles intimidad.

Raffaello se arrodilló a duras penas para abrazar a sus hijos. Habían crecido tanto en esos meses, había sentido tanto miedo por no volver a verlos. No tenía palabras suficientes para explicar lo

que sentía.

Peter visiblemente emocionado metía las manos en los vaqueros de sus bolsillos. Miró a Isabella que no dejaba de secarse las lágrimas que corrían por sus mejillas.

-Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho por mi familia -le dijo Rafaello cuando lo abrazó.

Peter le devolvió el abrazo sintiendo un nudo en la garganta.

-No digas eso. Gracias por dejarme tenerlos este tiempo conmigo.

Sus emociones se mezclaban entre sí. Alegría por su amigo, tristeza por la distancia insuperable que sentía con respecto a Isabella. No había tenido fuerzas ni ánimo para hablar con ella, para plantearle la posibilidad de quedarse a su lado. Sabía que, de no haber ocurrido el accidente, nunca hubieran estado juntos. No era justo para Isabella atraparla en una vida que no había elegido libremente.

Además, Isabella rehuía su mirada, su contacto... ¿Qué más pruebas necesitaba para darse cuenta de que no iba a volver con él?



Peter apenas había podido pegar ojo durante la noche. Entre el cambio de horario, los nervios, la sorpresa y la incertidumbre sobre su futuro, no había conseguido conciliar el sueño, así que en cuanto amaneció salió de su dormitorio para buscar a su amigo. Esperaba que siguiera madrugando tanto como antes.

También tenía pendiente hablar con Isabella. La noche anterior no había podido encontrarse a solas con ella. Tenía la impresión de que le había estado evitando desde que habían puesto un pie en el aeropuerto, pero no estaba dispuesto a dejar las cosas así.

Encontró a Rafaello en su despacho frotándose con cuidado las muñecas. Todavía le dolían para empezar a pintar todo lo que sentía.

-Rafaello ¿Podemos hablar? -le preguntó Peter entrando tras llamar a la puerta, pese a que estaba abierta.

-Claro, Peter -le respondió con una sonrisa que ocultaba el dolor físico y emocional que aún sentía-. Tu avión sale esta noche ¿no?

-Sí -le respondió-. La pizzería, ya sabes.

-¿Nos dará tiempo de visitar el Trastevere como en los viejos tiempos?

-Por supuesto -le sonrió-. Pero antes quería decirte algo.

Rafaello se recostó en el asiento de cuero, atento.

-Veras... Sé que quizá no puedas perdonarme...

-Lo dudo...

-Amo a tu hermana -le confesó sin rodeos.

Rafaello sonrió satisfecho.

-Ah, bueno... Creí que ibas a decirme que te habías acostado con ella.

Peter lo miró con una media sonrisa. Ya conocía el sentido del humor de su amigo.

-Eso también.

-Peter, mi hermana es adulta. Tú también. Habéis estado un tiempo bajo el mismo techo... Podría sentirme ofendido si no la hubieras encontrado atractiva.

Peter le sonrió más relajado. Suponía que el accidente le había hecho ver a su amigo las cosas de manera muy diferente. Le había ocurrido a él que lo había visto desde lejos, así que vivirlo en primera persona debía haber sido demoledor.

-¿De verdad buscas mi aprobación? ¿La necesitas? ¿Serviría de algo que te dijera que me siento traicionado, aunque no sea cierto? Aprovecha la vida, Peter. Disfrútala -se le quebró la voz recordando a su esposa fallecida.

Peter respetó su dolor en silencio.

-Solo quería que supieras que voy a decírselo. Que quiero que vuelva conmigo.

Había tomado esa decisión después de toda la noche en vela. Solo en la cama. No tenía nada que perder si le pedía que volviera con él. Y quizá, si ella aceptaba, podría volver a soñar con la vida que pensaban llevar.

Rafaello asintió.

-¿No prefieres quedarte aquí? Puedes montar un restaurante de comida americana... Era broma - dijo ante la mueca que había hecho su amigo -... Sentí perderme la boda.

-Solo firmamos unos papeles en un ayuntamiento. No hubo celebración, faltabas tú.

-¿Me estás invitando a tu boda?

-Yo estuve en la tuya.

Rafaello se emocionó volviendo a recordar a su esposa.

-Allí estaremos.

-Ahora solo falta que ella me diga que sí.

-Espera -se levantó despacio para buscar algo en la caja fuerte empotrada en la pared y escondida tras un cuadro pintado por él-. Toma, dale esto.

Peter se levantó para coger de su mano una cajita verde que contenía un sencillo anillo de oro con una pequeña esmeralda engarzada.

-Es una reliquia de la familia. Fue el anillo de boda mis bisabuelos. Yo no se lo di a Antonella. Su familia tenía otras tradiciones, pero sé que respetas a Isabella lo suficiente como para permitir que lo lleve.

-¿No lo querrás para Sofia?

-Isabella estaba antes.

Peter asintió tranquilo, sabiendo que contaba con la bendición de su amigo.



Poco después Peter bajó las escaleras inseguro. Estaba convencido de lo que iba a hacer. Lo tenía más que claro. Lo que no tenía tan claro era la respuesta que iba a recibir, y no quería ni podía posponerlo más.

Encontró a Isabella en la cocina tomando el café totalmente distraída, con el ceño fruncido por sus pensamientos.

-Ah, hola, Peter -se levantó para ofrecerle otra taza de café sin apenas prestarle atención- ¿Quieres desayunar?

Isabella evitó mirarlo. No podía hacerlo sin romperse por dentro.

-No puedes arrancarme el corazón de esta manera -le dijo emocionado, con los sentimientos a flor de piel.

Tenía las manos en los bolsillos de los vaqueros apretando la cajita que llevaba en uno de ellos. Además, no estaba seguro de no poder contenerse si las sacaba. Quería abrazarla fuerte, hacerle ver que la necesitaba, que la quería a su lado. Se sentía angustiado, roto, completamente solo, y allí estaba ella, tan bonita, con un corto vestido blanco.

-Lo siento -le respondió Isabella confundida-. No era mi intención hacerte daño.

Se había obligado a cerrar esa puerta. No podía creerse que hubiera sido tan egoísta como para

cruzar medio mundo, poner patas arriba la vida de alguien y obligarle a casarse con ella. Peter no se lo merecía. Había sido tan generoso, tan bueno, tan... respiró profundo para reprimir sus ganas de llorar.

-¿Así y ya está? ¿Crees que todo ha acabado?

-Rafaello está vivo -le recordó Isabella con voz temblorosa.

-Yo no -susurró dando un paso hacia ella.

Isabella sintió que los ojos se le llenaron de lágrimas.

-¿A qué te refieres?

Peter negó con la cabeza.

-Te amo, Isabella -le dijo yendo hacia ella-. Respeté tu decisión de volver a tu vida, pero no la comparto... -se paró frente a ella mirándole a los ojos-. Sin ti siento que me falta el aire y no me gusta sentirme así ¿Hay alguna posibilidad de que vuelvas conmigo a casa?

Isabella sentía un escalofrío recorriendo su cuerpo. Solo quería arrojarle a sus brazos y gritar ¡sí! ¡sí! ¡sí! pero él no se merecía eso. Apenas podía mantenerle la mirada sin sentir sus lágrimas asomando a sus ojos. No podía ser tan egoísta...

-Yo... tú... no te mereces esto... -le dijo dando un paso atrás.

-¿El qué no me merezco? -le preguntó él respetando la distancia.

-Yo llegué sin pensar en ti, solo en mí...

-En los niños...

Isabella lo miró a los ojos insegura.

-Te pedí que te casaras conmigo, te lo agradeceré siempre, pero debes hacer tu vida... Puedes encontrar una mujer, formar una familia con ella...

-Nunca me han faltado mujeres -le explicó Peter-, pero hasta ahora no había encontrado ninguna con la que querer formar una familia.

-La familia que creamos era falsa, no era nuestra.

-Pero puede serlo -le sugirió él-. Si estamos tú y yo, nuestros hijos la completarán.

Isabella lo miró a los ojos con un atisbo de esperanza. Ella también pensaba eso. También quería eso.

-Te amo, Isabella, creo que no te lo había dicho antes porque lo daba por hecho. Creía que lo sabías. Creía que supondrías que no me casaría con nadie solo por casarme o por dar un hogar a los niños.

-Fue lo que te pedí... te pedí el favor... te dejaste llevar...

Peter negó con la cabeza.

-Si no hubiera querido hacerlo no lo hubiera hecho. Hubiera encontrado otra manera de solucionar la situación.

Dio un paso hacia ella volviendo a situarse a escasos milímetros de distancia.

-Me enamoré de ti cuando me atropellaste con el coche. Lo sabes. Si no hubiera sido el coche lo que me tiró al suelo hubiera sido tu mirada, tu boca, tu pelo... bajó la voz acercando sus labios a los de Isabella.

Isabella sintió su aliento junto a sus labios. Había cerrado los ojos intentando controlar las lágrimas que salían de su corazón roto. No se movió. Si lo hacía saltaría a sus brazos y aún le daba miedo hacerlo.

¿Y si un día aparecía otra...?

Peter la besó con suavidad. Una vez. Otra vez. Otra vez. Sus rodillas empezaron a temblar

-Te amo Isabella -le susurró-. Dime cómo puedo demostrártelo para que me creas. Dime qué tengo que hacer y lo haré.

Las resistencias de Isabella cedieron, el miedo salió con un suspiro. Abrió los ojos. Contuvo el aliento cuando lo vio arrodillarse frente a ella y ofrecerle una cajita abierta. Isabella reconoció el anillo de su familia. Peter había hablado con su hermano. Él estaba de acuerdo. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

-Cásate conmigo -le dijo firme-. Esta vez porque tú quieres.

Isabella asintió cogiendo el anillo. Peter se puso de pie para abrazarla con fuerza pegándola a su cuerpo. No estaba dispuesto a dejarla ir, a soltarla. Le cogió el anillo de sus temblorosas manos y se lo colocó en el dedo mientras ella no paraba de llorar y reír a la vez. Peter la besó con cariño. Ella le respondió. El beso se hizo más profundo. Sus lenguas celebraron el reencuentro apasionadas, alegres invitando a sus corazones a que se unieran a la celebración.

-Volvamos a casa -le susurró Peter sin dejar de besarla.

Isabella asintió con un gemido resistiéndose a soltarlo.

-Tío Peter... -oyeron a sus espaldas junto a unas risitas nerviosas.

Los dos se separaron mirándose a los ojos con una sonrisa y cogiéndose de las manos antes de mirar a los niños.

-Me llevo a vuestra tía. Ella vuelve a casa...

-¿Podremos ir a veros? -le preguntó Marco esperanzado.

-Allí tenéis vuestras habitaciones -les recordó Peter.

-¿Y tú estás contenta, tía? -le preguntó Sofia al ver que se secaba alguna lágrima que le mojaba las mejillas.

Isabella asintió sonriendo segura. Volvía a casa. Su casa.

Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en las redes para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Megan (<https://amzn.to/3j5JAnC>), Shelby o Dexter?

No te las pierdas. Si no la has leído todavía búscala en las bibliotecas digitales o permanece atenta a su publicación.

Otros libros de la autora

Una decisión afortunada



*Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe...
hasta que conoce a Laurel.*

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable examante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2FcUyIF>
y *¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!*

El triunfo del hogar



*Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.
Juntos descubrirán que deseaban lo mismo.*

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un caballo blanco y le prometa felicidad eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubulado anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/3j5JAnC>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

La protección que necesitaba



Lacey está dispuesta a protegerse sola hasta que descubre que todo lo que le rodea está dispuesto a hacer lo mismo por ella.

Mike O'Roarke, un atractivo veterinario, ha dejado atrás la sociedad fría y superficial a la que pertenecía y que ha dañado su reputación.

Lacey Brown huye literalmente de un pasado de dolor y malos tratos concediéndose la oportunidad para ser feliz, aunque no sepa realmente ni lo que es eso.

El bonito pueblo de Edentown les abre los brazos en cuanto llegan.

Lacey quiere adoptar un perro, pero el destino parece que le obliga a que aprenda primero a cuidarse ella misma.

Todo va bien hasta que el pasado llama a su puerta...

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2OsK1tU>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!